F. RAMOS DE CASTRO Y A. MARTÍN BECERRA

EL CONCEJAL

DRAMA EN TRES ACTOS, DIVIDIDO
EN DOS CUADROS EL SEGUNDO,
ORIGINAL Y EN PROSA

COPYRIGHT. BY. RAMOS DE CASTRO Y MARTÍN BECERRA

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO. 24
MADRID

A Manolo Mendez
grande heroico actor
con la admiración y
el afecto de
Los Autores

Mayo 21.

EL CONCEJAL

Drama en tres actos, en prosa y original

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren tratados internacionales o de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL CONCEJAL

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA Y ORIGINAL

DE

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO

Y

AGUSTÍN MARTÍN BECERRA

ESTRENADO CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO CÓMICO DE MADRID, POR LA COMPAÑÍA DE EMILIO PORTES, EL DÍA 26 DE MARZO DE 1921

MADRID

IMPRENTA ARAGONESA

SAN MARCOS, NÚM. 4

TELÉFONO 28-58 M

1921

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/elconsejaldramae00ramo

A D. Francisco Verdugo Landi.

El más alto prestigio de la Prensa gráfica española, con la admiración y el cariño de

Los Autores.

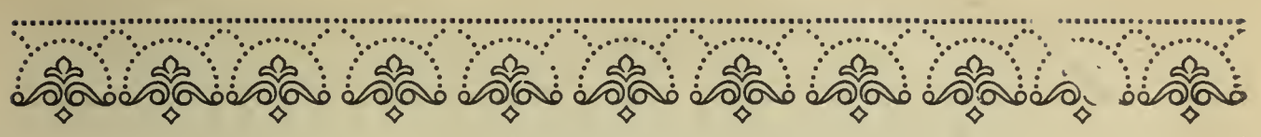
REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARUJA	Sra. Pacheco.
DOÑA CARMEN	» Rosales.
CHARITO «LA GITANA»	Srta. Lombera.
PALMIRA	» Mata.
PURITA «LA CHAVALA»	» Velázquez.
TOMASA	Sra. Corcuera.
OFICIALA 1.ª	Srta. Iglesias.
IDEM 2.ª	» Pérez.
DON AGUSTÍN PAREDES	Sr. Portes.
EDUARDO	» Carmona.
AGUSTÍN	» Méndez.
DON PACO	» Cuenca.
JUANITO	» Marín.
DON AUGUSTO	» Pastor.
AQUILINO	» Loygorri.
PABLO «EL BARBAS»	» Bermúdez.
ANACLETO	» Amyach.
EL MAYOR	» Mata.
CHAMORRO	» Amyach.
MIRALLES	» Almazán.
PERIODISTA 1.º	» Marco.
IDEM 2.º	» Mediamarca.
IDEM 3.º	» Morillo.
HUESOS	» Almazán.
UN CROUPIER	» Bermúdez.
UN BOTONES	Niño Hernández.
UN CRIADO	

Tanguistas.—Concurrentes.—Público.—Periodistas, etc.

Época actual.

La acción del primer cuadro del segundo acto, en un cabaret moderno; la del segundo cuadro del mismo acto, en el patio de cristales del Ayuntamiento de Madrid.



EL CONCEJAL

ACTO PRIMERO

Sastrería en piso entresuelo. Puerta al foro que comunica con el taller, a su lado, otra con mampara verde, que dá entrada al piso. En el lateral izquierdo, puerta a las habitaciones particulares. En el lateral derecho, balcón. A este lado una mesa de cortar, y, en primer término, un buró. En el ángulo de la izquierda, estantería con piezas de tela y un perchero; al centro de la escena una mesita con revistas y figurines. Un aparato de luz eléctrica pende del techo. Cuando comienza la obra se supone que son las ocho o las nueva de la mañana.

Al levantarse el telón está la escena desierta, el balcón entornado y cerradas todas las puertas, a excepción de la que da paso al taller.
Sale por la izquierda Tomasa, criada con el pelo de la dehesa, porta una cesta y mucho sueño, casi cabeceando se acerca a la primera puerta de la izquierda y golpea suavemente con los nudillos.

Tomasa —Repitiendo la llamada y viendo que tampoco la contestan.
—¡Y bien que se puede trasnochar ansí! Vuelve a llamar algo más fuerte.

D.ª Car. —Dentro. Eres tú, Tomasa?

Tomasa —A cada frase que contesta hace muchas muecas y aspavientos de mofa.
—Sí señora. Que ya me voy.

D.ª Car. —¿Has encendido la lumbre?

Tomasa —Sí señora, que la he encendido. Y ya me voy.

D.ª Car. —¿Sabes todo lo que tienes que traer?

Tomasa —Repitiendo las muecas. Todo, sí señora, descuide usté.

D.ª Car. —Bueno, pues anda y vuelve pronto.

Tomasa —Haciendo reverencias ridículas. Enseguidita, sí señora.
Un momento antes de esta frase aparece por la derecha Maruja, en bata y sorprende la mímica de la alferina.

Maruja —¿Qué haces, Tomasa?

Tomasa —Azoradísima. (¡Uy, m'ha pillao!)
Ná, señorita... una cinta del corsé que me... que me tira...

D. Agust. —Espera, espera... Preguntaba mal... ¿De dónde vienes?

Agust. —Te aseguro papá...

D. Agust. —Cogiendo una mano que extiende su hijo. No mientas, Agustín. Tú, tan atildado, tienes las botas sucias, arrugado el traje, estás despeinado, ojeroso, traes manchado el cuello... y negras las manos... ¿Dónde has pasado la noche, hijo mío?

Agust. —Mira, no quiero engañarte, papá...

D. Agust. —Malo, a engañarme tiras.

Agust. —No, no, de verdad. He estado en casa de unos compañeros donde nos hemos reunido...

D. Agust. —¿Muchos?

Agust. —Sí... veintiocho o treinta...

D. Agust. —O «treinta y cuarenta», ¿no?

Agust. —Abrumado. (¡Baccarrá!)

D. Agust. —¿Has pasado la noche jugando?

Agust. —Papá...

D. Agust. —Eso está mal, hijo mío, eso está mal. ¿Qué necesidad, qué obligaciones, qué compromisos te empujan al juego?

Agust. —Yo... como tus negocios van mal... Por ayudarte.

D. Agust. —Mira. Si creyese que la solución de mis asustos estaba en el juego, jugaría yo mismo, ¿sabes? Conque si en efecto quieres ayudarme, estudia... y frecuenta menos la amistad con tu tío.

Agust. —El tío no tiene la culpa de nada, te lo aseguro, papá... Le juzgas mal.

D. Agust. —Ni mal ni bien, no le juzgo. Si le juzgase no pisaría esta casa. Anda a acostarte y que no vuelva a repetirse esto.

Sale Agustín cabizbajo por la izquierda. Maruja, sentada junto a la mesita del centro, pasa inadvertida por su padre, que sacando unos papeles del buró, se pone a examinarlos, dando visibles muestras de contrariedad y disgusto. Al cabo de un momento después de coger la pluma y de volver a dejarla, apoya la cabeza entre las manos.

Maruja —Acercándose. Papá...

D. Agust. —¡Ah! ¿Estabas tú ahí?

Maruja —Estás disgustado, padre?

D. Agust. —¿Contigo? No, hija mía.

Maruja —No, conmigo no, con... nadie... Con tus asuntos.

D. Agust. —No tampoco... ¿por qué?... ¿Por qué me lo preguntas?

Maruja —Por... por que ayer ví la letra que te trajeron... y que no pagaste. Desde que tengo uso de razón esta es la primera vez que ocurre.

D. Agust. —Visiblemente emocionado. Es cierto.

Maruja —Y yo... no quisiera que te enfadases papá, por lo que voy a decirte. Mi boda está lejana aún... Por lo tanto, las dos mil pesetas que para mis cosas tengo en la Caja Postal ..

D. Agust. —Lleno de emoción no puede hablar, y con las manos, levantándose y abrazando a su hija la impide que continúe. Calla... gracias, calla hija mía, calla... gracias. Esforzándose por serenarse. No, no se trata de eso; es más, mucho más... Tengo ocho días aún... y la recogeré... no lo dudes. Gracias, hija, gracias, gracias...

Maruja sale por la izquierda, y entonces D. Agustín deja caer la cabeza sobre los brazos.

Por la derecha foro, y después de percibirse un pequeño escándalo, aparece Palmira, desgreñada, arrastrando el mantón y llevando en la mano un lío de ropa.

Palmira —Volviéndose desde la puerta. ¡Arrastraos¡ ¡Más que arrastraos! ¡Y dicen que son huelguistas! ¡Sinvergüenzas, canallas! ¡Amos, que llamarme a mí esquirola! ¡Esquirola yo!...

D. Agust. —Serenándose y levantando la cabeza. ¿Qué te pasa Palmira?

D.ª Car. —Por la izquierda. ¿Qué voces son esas? ¿Qué ocurre?

Palmira —¿Qué va a ocurrir? Que anoche me estuve hasta las tres rematando esta levita de D. Pascual, y de que iba hoy por la mañana a entregarla, ¡zás!, me encuentro con la chalequera de en cá Romero, escoltá por dos cortadores y otros huelguistas. Con que va ella y me interpela: «¿Ande vas Palmira?» Yo me olí la tostá, y sonriendo contesté: «A ver lo que dan por esto en el Monte, porque con lo de la huelga tengo el puchero a la funerala.» Y va y me dice: «Al Monte, verdad, prenda?» De que oí lo de prenda, me dije: «Estas vienen por la levita». Y cuando iba a echar andar cortando por lo sano, va y me arrea una manguzá la chalequera; la contesté en forma, nos enzarzamos, nos separan, echan tos a correr, y cuando recogí este lío del suelo, mire usté lo que quedaba de la levita. La extiende y se ve que ha quedado convertida en unos verdaderos zorros. Esto, habrá quedao mu bien pa los bailes rusos, pero lo que

es pa D. Pascual... Y a to esto, buenos días, que no he dicho ná.

D.ª Car. —¡Válgame Dios, mujer, y qué cosas te pasan!

Palmira —Me pasan, me pasan. La pasan a cualquiera. Ya me lo decía Eduardo: «Mientras dure la huelga no trabajes que vas a perder más». Y me ha salido.

D. Agust. —No, tu no pierdes nada. No faltaba más.

D.ª Car. Supongo que harás algo. Hay que meter en la cárcel a esos granujas.

D. Agust. —No digas tonterías, mujer.

D.ª Car. —¿Y, para eso eres teniente alcalde del distrito?

D. Agust. —Anda, Palmira, entra en el taller y mira si entre las levitas hechas hay alguna de esas medidas...

Palmira —Sí, señor. Y, bueno. Como me llegue yo a encontrar con la chalequerita cuando no lleve ná en las manos, sonríanse ustés de «La Leona de Castilla», «Doña María la Brava» y «La fama en tortas»... Mutis al taller.

D.ª Car. —Esto te pasa por no tener carácter.

D. Agust. —Bueno, Mirando al reloj. Las nueve y media y Andrés sin venir.

D.ª Car. —Buen caso te hace el dichoso dependiente... Anoche se fué antes de la hora.

D. Agust. —¿Por qué?

D.ª Car. —Y, ¿qué se yo? Estoy yo al frente de la sastrería?

D. Agust. —Tienes razón. El Ayuntamiento, me distrae de mi negocio, de mi verdadero negocio.

D.ª Car. Después de todo, para lo que vas a sacar en limpio con el Ayuntamiento.

D. Agust. —La mira y sonríe. ¡Ahora me dices eso! Tu que fuiste quien más empeño puso en que me presentara concejal...

D.ª Car. —Creí que serías como todos...

D. Agust. —¿Como todos?

D.ª Car. —Sí, sí, como todos. No te empujaría yo jamás a ningún asunto de esos que llamáis sucios, pero tampoco creí que al presentársete una ocasión digna de ganar un dinero que tanta falta nos hace, la desperdiciarías... Se escucha rumor de voces hacia la puerta de entrada.

D. Agust. —¡Calla!

D.ª Car. —¿Qué?

D. Agust. —¿Calla, no oyes? Se abre la puerta del foro y entra Tomasa algo sofocada.

D. Agust. —¿Que ocurría ahí fuera, Tomasa?

Tomasa —Pos verá usté, señorito. Que cuando he vuelto de la compra había dos hombres en el portal, empeñaos en verle a usté.

D. Agust. —¿Dos hombres?

Tomasa —Sí. Uno es el señor Pablo, ese que le llaman «El Barbas», el tahonero de ahí a la vuelta, ese tan bruto... ¿Quiere usté que baje y llame a un guardia?

D. Agust. —¡Ah! vamos, diles que pasen.

D.ª Car. —Agustín...

D. Agust. —Carmen, haz el favor de dejarme solo.

D.ª Car. —Piensa lo que vas a hacer, Agustín.

D. Agust. —Bueno, Carmen, bueno. A Tomasa que habrá quedado escuchando. ¿No me has oído?

Tomasa —Dando un respingo. Voy, señorito, voy. Mutis por el foro.

Doña Carmen inicia el mutis remolonamente. A una mirada de su marido, se va definitivamente. Por el foro, aparece Tomasa, y tras ella, Pablo «El Barbas» y Anacleto. Ambos visten de artesanos, gastan boinita y portan sendas «garrotas».

Pablo —Buenos días...

D. Agust. —Buenos. A Tomasa que habrá vuelto a quedarse parada. ¿Que haces ahí? Tomasa desaparece rápidamente por la izquierda. Ustedes dirán. Pueden sentarse. Se sientan los dos junto a la mesita. Don Agustín permanece de pie.

Pablo —A Anacleto. Tu dirás...

Anacleto —Ya, hombre, ya. Dándole vueltas a la boína.

D. Agust. —Advierto a ustedes que soy poco amigo de rodeos y que tengo el tiempo tasado.

Anacleto —No, si la cosa es sencilla... muy sencilla. Nosotros no venimos a ver a D. Agustín, el sastre, nuestro compañero en el comercio ..

Pablo —Venimos a ver al Teniente Alcalde.

D. Agust. —Bien. Digan.

Anacleto —Levantándose. Esto no puede seguir así, señor Paredes...

D. Agust. —¿El qué?

Anacleto —Esto que usté está haciendo con nosotros. Nos está usté arruinando...

D. Agust. —¿Yo?

Pablo — Levantándose. Usté. Se vuelve a sentar

D. Agust. —¿Por qué?

Anacleto —Vamos, no se haga usté de nuevas. La primera vez que nos repesó usté el pan, dijimos: «Bueno, esto lo hacen todos cuando cojen la vara». Y la verdá, no nos chocó. Pero después, siguieron los repesos y los decomisos, y ha terminao usté por hacerlo a diario. De esa forma, ni usté ni nosotros marcharemos bien.

D. Agust. —Ustedes no, desde luego, si continuan teniendo tan desdichada noción del sistema métrico decimal, pero yo...

Pablo —Levantándose. Usté, tampoco. Se vuelve a sentar.

Anacleto —Y discursos, no. Aquí hemos venido este que es el Presidente de la Sociedad y yo que hago de Secretario, p'arreglar este asunto, entre hombres y por las buenas.

Pablo —Y a que usté nos oiga...

Anacleto —Y nos oirá.

D. Agust. —Hasta el fin. Sigan.

Anacleto —Dejemos a un lao la cuestión del repeso. Quien hizo la ley, hizo la trampa, y si a usté le da cartel cogemos tos los días a cada uno treinta o cuarenta piezas faltas, bueno. Con hacer otra horná cuando pase el repeso, listo. Lo que nos trae aquí mayormente, es la proposición que contra nosotros va usté a presentar en la sesión de mañana.

D. Agust. ¿Contra ustedes?

Pablo —Levantándose y dando en el suelo con la garrota. Contra nosotros.

D. Agust. —Acercándose a él. Haga usté el favor. Le quita la garrota y la coloca sobre el mostrador.

Pablo —No me molestara.

D. Agust. —A mí, si.

Anacleto —Deja su garrota en el mostrador junto a la otra, y vuelve al lado de don Agustín. He dicho que veníamos a arreglar este asunto por las buenas.

D. Agust. —Acabe, acabe.

Anacleto —Acabo. Esa proposición no la puede usté presentar.

D. Agust. —¿Por qué?

Anacleto —Porque nos arruina. Bajar el pan ahora es provocar una huelga.

D. Agust. —Eso no es una razón. Ha bajado la harina, y debe bajarse el pan... Esto es lógico. Ustedes seguirán ganando en la misma proporción que ahora.

Pablo —Eso se dice muy bien.
Anacleto —Sobre todo, D. Agustín... ¿a usté que le importa?
D. Agust. —¿Eso se lo dicen ustedes también al Teniente de Alcalde?
Anacleto —Se lo decimos a usté, porque con usté queremos arreglar el negocio. Nos entiende usté. Representamos al gremio, y al gremio no le duelen unos duros. Atajando un gesto de D. Agustín. Permítame usté. Don Paco, nuestro abogao, que también es concejal como usté, quería arreglarlo, pero... la verdá...
Pablo —Nos salía demasiado caro.
Anacleto —Por eso..
D. Agust. —Vamos. Es cuestión de cotizar, ¿no?
Anacleto —Gracias a Dios, D. Agustín.
D. Agust. —Y D. Paco... ¿cotizaba muy alto el favor?
Pablo —Muchísimo, pero yo le dije a este: «Esto lo arreglamos de pico a pico con D. Agustín, que al fin y al cabo es el hueso»—y usté perdone—y ná más.
D. Agust. —Y ná más. Tiene usted razón. Bueno, pues por la misma ingenuidad de ese intento de soborno, por su propia simpleza no salen ustedes de aquí codo con codo...
Pablo —¡D. Agustín!
D. Agust. —Son ustedes unos pobres hombres. Dándoles las garrotas.
Anacleto —Pero, ¿ni siquiera escucha usted la cantidad?
D. Agust. —Salgan ustedes.
Pablo —¡Usté no sabe lo que hace!
Anacleto —¡Dios quiera que no le pese a usté!
D. Agust. —Si me pesa, mejor. Mi conciencia no está falta de peso como los panecillos de ustedes...
Pablo —Eso es faltar.
D. Agust. —Unos cincuenta gramos en panecillo. Eso es faltar.
Anac. —Abusa usté de que estamos en su casa!
D Agust. —!Eh! Por el foro aparece D. Paco.
D. Paco —Que es esto? Pablo, Anacleto... Perdone usted señor Paredes, esta gente..!
Pablo —A D. Paco. Esta gente, don Paco, está muy harta de soltar dinero pa ná...
Anac. —Y usté lo sabe mu bien...
D. Agust. —Aparte. ¡Que asco!
D. Paco —¿Quereis hacerme el favor de esperar abajo?

Pablo —Es que...

D. Paco —¡O lo arreglais vosotros!

Anac. —Pero, ¿es que lo va a arreglar usté?

D. Paco —Después de mirar a D. Agustín. Pudiera ser. Pablo y Anacleto inician el mutis.

Pablo —Volviendo hacia don Agustín y alargando la mano. Bueno, usté perdone...

D. Agust. —Le mira y no le da la mano. Vayan ustedes con Dios.

Pablo —A Anacleto. (¡Ese no lo arregla, tu!)

Anac. —(El verá Se la juega.) Mutis.

D. Paco —¡Que brutos son! Por poco echan a perder una cosa tan sencilla...

D. Agust. —Un momento, don Paco. Usted no me conoce.

D. Paco —Amigo Paredes...

D. Agust. —Usted no me conoce, repito. Preveo el circunloquio, el rodeo elocuente, la *coba*, como vulgarmente se dice, y para evitarle un trabajo y el sonrojo de una respuesta inquebrantable, he de rogarle que no hable de este asunto.

D. Paco —Terminantemente?

D. Agust. —Terminantemente!

D. Paco —Se juega usted la carrera política...

D. Agust. —¡La carrera política! He ahí una frase que es un resumen de la desdichada historia de España! La carrera política...; es decir que tal y como usted la entiende, la carrera política, consiste en un preparatorio cínico, en una graduación infame y en un doctorado perverso. Pausa. Pues bien, D. Paco, renuncio a ese brillante porvenir.

D. Paco —Entonces, ¿para qué se presentó usted a concejal?

D. Agust. —A diario me hago yo esa misma pregunta. Fué la vanidad de mi familia? ¿Fué el deseo de algunos amigos? ¿Fué el interesado acicate de otros? No lo se a punto fijo. Por mi, solo se decirle, que entendiendo por política el arte de gobernar y dar leyes justas a un pueblo, me lancé aun no hace tres meses a la política y... ya he visto, con toda amargura que se trata de un tópico más. La política es vileza, es atropello, es insensibilidad, caciquismo, atrofia... Y todo ello encubierto por un tupido velo de disimulo y de farsa que no le va a un hombre de mi llaneza y de mi temperamento...

D. Paco —Es extraño, entonces, que no haya usted renunciado a su concejalía.

D. Agust. —El mal estaba hecho. Y ya en la maraña, quiero antes de limpiarme de ella, dejar tras de mi algo digno, algo beneficioso para el pueblo, para ese pobre pueblo, tan inocente y tan culpable.

D. Paco —No le entiendo a usted.

D. Agust. —Es natural. Hablaríamos del asunto que le trae a usted aquí y con dos insidias y una insinuación, estaríamos al cabo de la calle. Hablamos del pueblo, me expreso con toda sinceridad, y usted no me entiende. Lógicamente ha de ser así.

D. Paco —Señor Paredes. No soy tan negado que no advierta la injuria que me lanza.

D. Agust. —Sin exaltaciones, don Paco. A mi nada me asusta. Hablamos claro? Pues claro. Usted trata de evitar que yo presente mi justa proposición sobre la baja del pan porque le interesa y yo no accedo porque me interesa también. Lo quiere usted más claro?

D. Paco —Ahora si que no le entiendo. ¿Qué interés puede usted tener?

D. Agust. —Que no sea cotizable en moneda. ¿Verdad? El de mi honor, señor Molina... Respondiendo a un gesto de don Paco. Aunque esa palabra, en política, esté vacía de sentido.

D. Paco —En resumidas cuentas, no hay medio de que retire usted esa proposición?

D. Agust. —No le hay.

D. Paco —¿Ni por amistad, ni por interés?

D. Agust. —Por nada.

D. Paco —¿Ni por miedo?

D. Agust. —¿Por miedo? ¿A qué?

D. Paco —A esa gente...

D. Agust. —¿Qué?

D. Paco —Es capaz de cualquier atropello...

D. Agust. —Pues aconséjela usted que lo efectuen... antes.

D. Paco —Es tozudez.

D. Agust. —Es dignidad.

D. Paco —Es teson.

D. Agust. —Es honra. Por donde hizo mutis aparece Maruja.

Maruja —Papá...

D. Agust. —¿Que hay, nena?

D. Paco —Señorita...

Maruja —D. Paco... Con permiso. Papá, mamá desea hablarte. Está en el comedor.

D. Agust. —Voy ahora mismo. D. Paco... Como despidiéndose.

D. Paco —Le espero a usted.

D. Agust. —Como usted guste. Mutis.

Maruja —¿Discutían ustedes?

D. Paco —Su papá, que no la quiere a usted bien, Marujita...

Maruja —¿Mi padre? Por Dios, don Paco...

D. Paco —Parece un absurdo, ¿verdad? Pues no lo es nena, no lo es. No soy viejo, pero he vivido lo bastante para conocer la vida y saber que ella carece de alicientes cuando se carece de comodidades, de desahogo, de bienestar...

Maruja —Nuestra vida es modesta, don Paco. Dentro de ella, nada tenemos que desear.

D. Paco —Quiera Dios que mañana diga usted lo mismo.

Maruja —¿Mañana?

D. Paco —Sí, Maruja, su papá de usted se obstina, se enterca en algo que puede ocasionarle un grave disgusto. Vea usted como van los tiempos. La marcha de las nuevas corrientes políticas deja tras de sí un reguero de sangre...

Maruja —Me asusta usted.

D. Paco —Y no sin fundamento, nena. Escúcheme. Como amigo vine. Su papá no quiere hacerme caso, pero si usted quiere evitarle, algo muy doloroso para él y para cuantos le amen, procure disuadirle...

Maruja —¿De qué?

D. Paco —De que vaya a...

D. Agust. —Entrando por donde se fué. Maruja. Tu madre te necesita. Mutis de Maruja. A don Paco. ¡Esto no!

D. Paco —Señor Paredes...

D. Agust. —Descompuesto. ¡Esto no! Hasta hoy supe que la política tenía resortes repugnantes, pero el que trata usted de emplear, ¡es canallesco!

D. Paco —Hace ademán de sacar la cartera. Señor mío...

D. Agust. —Transición y atajándole. Tampoco el duelo sería una solución.

D. Paco —Entonces deberé contestar al insulto con el insulto...

D. Agust. —Teniendo en cuenta que yo, los insultos los castigo en el acto.

D. Paco —¡Señor Paredes! Agresivo.

D. Agust. —¿Qué?

D.ª Car. —Entrando. Agustín..

D. Agust. —Serenándose. Don Paco, quería despedirse de tí.

D. Paco —No admito la fórmula, señor Paredes. ¿Quiere usted guerra? Pues guerra habrá. La época de don Quijote está lejana y además, es risible... A sus pies, señora... Mutis.

D.ª Car. —¡Agustín!

D. Agust. —No te preocupes. Son gajes del oficio... de la carrera política como dijo ese. Y a la que vosotros me empujásteis creyendo que yo servía para el caso. No sirvo, no. Y decidido estoy a abandonarla, pero antes cumpliré con mi deber, con lo que en mi corto alcance, entiendo que es mi deber. Y luego, tornaré a mi vida humilde pero honrada, de la que no debí salir jamás.

D.ª Car. —Para hacer lo que haces, ciertamente que no. ¿Quién creería que a los tres meses de ser tu concejal, comenzarían para nosotros los primeros apuros de la vida?

D. Agust. —¿Qué?

D.ª Car. —Por supuesto, que de todos estos apuros innecesarios, solo hay un culpable.

D. Agust. —Yo, ¿verdad?

D.ª Car. —¡Mira como lo reconoces!

D. Agust. —No reconozco mi culpa. Te conozco a tí Carmen.

D.ª Car. —Si me conocieses, me atenderías, me consultarías tus asuntos...

D. Agust. —Pero, ¿cuándo has intervenido tu en mis negocios, mujer? ¿Cuándo?

D.ª Car. —Nunca, es cierto.

D. Agust. —¿Y has tenido alguna queja? ¿Os ha faltado algo? ¿No he sacado adelante y más que adelante mi casa a fuerza de trabajo?

D.ª Car. —Hasta ahora sí.

D. Agust. —¡Ah! ¡Hasta ahora! ¿Y ahora por qué no?

D.ª Car. —A la vista está. Ayer no has podido recojer una letra.

D. Agust. —Es verdad, no he podido... pero, sinceramente, ¿crees que ha sido culpa mía en absoluto? ¿Por

quién he descuidado mi negocio, el mío, la sastrería? ¿Por quien tuve que presentarme concejal? ¿La vanidad o la ambición de quienes, me empujó a un medio que no es el mío, que me repugna y que me agota? Algo de esto podríais decirme tu, tu hermano y esas gentes que llamais «nuestras amistades.»

D.ª Car. —Por tu bien...

D. Agust. —Mi estaba aquí. Detrás de esa mesa donde gané mis primeros ahorros, donde tu me conociste. donde he triunfado de la vida. Ahí estaba mi bien y mi tranquilidad y mi negocio; no en un ambiente hediondo, que no es llano, que no es sincero, que no es propicio ni a mis nervios, ni a mi conciencia.

D.ª Car. —Porque lo tomas al reves.

D. Agust. —¿Qué?

D.ª Car. —Que te empeñas en que las corrientes del Ayuntamiento vayan por tu cauce en vez de amoldar a su cauce tu corriente.

D. Agust. —Eso no. Tantas veces como quisieron presentarme concejal, rehusé. Si accedí un mal dia, ya os lo dije, fué para ser concejal honrado.

D.ª Car. —Bueno, ¿y a que sacas a relucir la honradez? ¿Te propone alguien algo deshonroso?

D. Agust. —Por si acaso. Yo fuí al Ayuntamiento para defender los intereses del vecindario honradamente en serio y el pueblo verá si lo hago o no.

D.ª Car. —¿Defender al pueblo? Eso es una ambiguedad. ¿Quien es el pueblo?

D. Agust. —El pueblo... ¿que quien es el pueblo?

D.ª Car. —Si, ¿quien es? ¿Dónde está?

D. Agust. —Carmen, tu que eres de la Junta de Damas. ¿Temes a Dios?

D.ª Car. —No creo que...

D. Agust. —Contesta. ¿Temes a Dios?

D.ª Car. —Si.

D. Agust. —Bien. Pues, ¿quien es Dios? ¿Dónde está Dios?

D.ª Car. —Sacas las cosas de quicio.

D. Agust. —No. Mi madre me enseñó a rezar, y mi padre a ser ciudadano y supe que para saber rezar habia que llevar a Dios en el corazón y que para ser ciudadano habia que llevar al pueblo en la concien-

cia. Y basta. Claramente, prosaicamente: en mi distrito pesan bien el pan los panaderos o le cierro la tahona al propio alcalde que la tuviera.

D.ª Car. —Cuando llegue la hora de recoger la letra, hablaremos.

D. Agust. —No hablaremos porque no hemos hablado nunca. La recojeré. Esta noche me voy a Mérida a vender la dehesa.

D.ª Car. —¿Qué dices? ¿La dehesa? ¿Que vas a vender la dehesa? ¡Qué disparate!

D. Agust. —¡Ah! ¿Te parece un disparate?

D.ª Car. —Naturalmente.

D. Agust. —¿Por qué?

D.ª Car. —A la vista está. El negocio, tu negocio, no va nada bien y en caso de ruina, en caso de que lo perdiéramos todo, por tu modo de ser, esa dehesa sería lo único que podríamos dejar a nuestros hijos.

D. Agust. —Esa dehesa y mi apellido, no lo olvides, Carmen. Y una vez en este terreno es cuando hemos terminado. Prepárame la ropa porque esta noche, terminantemente, indefectiblemente, salgo para Mérida.

D.ª Car. —Habla antes con don Paco, Agustín, cede en algo, comprende que...

D. Agust. —Carmen... ¿Tan triste concepto te merezco? ¿Creíste alguna vez que tu marido pudiera llegar a ser un granuja, un canalla, un miserable?

Eduardo —Por el foro momentos antes. (Deben hablar de mi) ¿Qué se hace?

D. Agust. —Tu hermano... Hola, Eduardo. Echándolo a broma. No le mires como aliado, Carmen, porque sería inútil. A Eduardo. Ahí dentro te espera Palmira.

Eduardo —(No es ocasión). Con permiso... Inicia el mutis al taller.

D. Agust. —Oye...

Eduardo —¿Es a mi?

D. Agust. —Si.

Eduardo —¿Que hay? Acercándose.

D. Agust. —Por razones que tu hermana te explicará, debo salir esta misma noche para Mérida y necesito de ti un favor.

Eduardo —Tu dirás.

D. Agust. —Voy a escribir al Alcalde rogándole que no pon-

ga mi proposición en el orden del día hasta mi regreso, que será el viernes. ¿Quieres llevarle tu la carta?

Eduardo —Si, hombre, ¿por qué no?

D. Agust. —Pues voy a escribirla. Mutis por izquierda.

Eduardo —A su hermana. ¿Que no?

D.ª Car. —Que no.

Eduardo —Me lo ha dicho don Paco y no lo he querido creer. ¿Pero, sabe tu marido la de pesetas que desperdicia?

D.ª Car. —Sí lo sabe, sí.

Eduardo —Pues la va a hacer buena. Cada vez que me acuerdo de lo que trabajé para que saliese concejal... Y luego, ¿pa qué? A mi ni un mal destino... Que es una vergüenza; hermano político de un concejal y sin chupen del Ayuntamiento. ¿Cuando se ha visto eso en Madrid? ¡En jamás! Pues mira vosotros. La sastrería, a punto de quiebra... ¿Pero cómo piensa salir adelante este hombre?

D.ª Car. —Ya lo ves. Yéndose a Mérida esta noche a vender la dehesa.

Eduardo —Mira. Eso pudiera arreglarlo todo.

D.ª Car. —¿Qué dices?

Eduardo —Que yo me he comprometido con don Paco a arreglar este asunto, a que Agustín no presente esa proposición y eso lo podemos hacer mientras él va y vuelve.

D.ª Car. —¿A espaldas suyas?

Eduardo —Claro. Hecho el negocio... y recibidas las pesetas tendrá que conformarse...

D.ª Car. —¡Eso no!

Eduardo —Que si, mujer. Será como purgar a un chico. Armará una pataleta, pero le sentará bien...

D.ª Car. —Que no, Eduardo.

Eduardo —Que sí, hermana. A mi tu maridito no me trae por más tiempo de cabeza.

D.ª Car. —No se las quejas que puedes tener tú.

Eduardo —Ninguna. Nado en la abundancia. Lo mismo que esa pobre que está ahí dentro señalando hacia el taller pagando el pato de que Agustín no tenga carácter, atropellá y avasallá por unos huelguistas, na menos que la hermana política del Teniente Alcalde...

D.ª Car. —¿La hermana política? ¿Os habéis casado en secreto?

Eduardo —Entodavía no.

D.ª Car. —Pues ya lo debías haber hecho. Que es una falta de conciencia lo que haces con esa pobre.

Eduardo —Por eso la he llamao hermana política. La política no tiene entrañas...

D.ª Car. —Ni tu vergüenza...

Eduardo —Ahora si que me has hecho las diez de últimas... La vergüenza es cuestión de cantidad. Le ofrecen a uno un dulce o le alargan una caja de cigarros y le dicen: «ande usted... escoja, sin vergüenza»... Y tos encantaos. Pero si en vez de eso le alargan a uno un billete y uno se lo guarda, enseguida viene lo de ¡Qué sinvergüenza! Y claro, de ahí viene que uno se confunda y no sepa uno cuando es delito tener vergüenza y cuándo no.

D.ª Car. —Si te dejasen hablar, no te ahorcaban.

Eduardo —Y si me dejasen correr, tampoco.

Palmira —Saliendo. Doña Carmen...

D.ª Car. —Que quieres, hija.

Palmira —¿Usté cree que esta levita le sentará a don Pascual?

Eduardo —A ver. Ya lo creo que le sentará... Le sentará como un tiro, porque don Pascual es más largo que los sucesos de Barcelona y esta prenda está bien para envolver un carrete.

Palmira —Siempre estás lo mismo.

D.ª Car. —No le hagas caso y anda, mujer anda. A ver si nos sale bien siquiera una cosa.

Eduardo —Como no salga lo demás mejor que la levita...

Palmira —Doña Carmen, ¿quiere usted algo?

D.ª Car. —Nada mujer; que vayas con cuidado... por supuesto que como irá este contigo.

Palmira —Claro...

Eduardo —Chulamente. Me escriben que no.

Palmira —¿No vienes?

Eduardo —No voy, me lo impiden mis múltiples asuntos. Me quedo aquí.

D.ª Car. —¿Aquí?

Eduardo —Con un gesto chulo. ¡Ui!

Palmira —Entonces... hasta luego.

Eduardo —Cuidado con los voitures. Váse Palmira por la derecha.

D.ª Car. —¿Qué tienes tu que hacer aquí?
Eduardo —Recoger la carta de Agustin.
D.ª Car. —Creo que no debes hablarle de este asunto de los panaderos.
Eduardo —Me han escrito que si.
D.ª Car. —Pues no hagas caso.
Eduardo —No te preocupes, que este asunto está arreglao. A tu marido, ni palabra, déjalo que se vaya a Mérida. Aquí estamos nosotros pa salvarle...
D.ª Car. —Mira qué...
D. Agust. —Por donde hizo mutis. Sale con abrigo y sombrero. Una carta en la mano. Toma. Llévala ahora mismo. Yo voy a sacar el billete en la central. No dejes de dársela personalmente al Alcalde.
Eduardo —Descuida...
D. Agust. —Hasta ahora. Mutis foro.
D.ª Car. —¡Eduardo!
Eduardo —Oye. ¿Sabe D. Paco algo de este viaje?
D.ª Car. —No.
Eduardo —Está bien.
D.ª Car. —¿Qué vas a hacer, Eduardo?
Eduardo —Entregar la carta, ni más, ni menos. Creo que es bien fácil.
D.ª Car. —¿Nada más?
Eduardo —Nada más.
D.ª Car. —Después de todo, tú verás a lo que te comprometes... Iniciando el mutis. ¿Quieres desayunar?
Eduardo —Ya lo hice.
D.ª Car. —Pues ten cuidado de esto mientras.
Eduardo —Anda. Mutis Carmen. ¡Habrá pardillos! Si no fuera por mí... Y que ya me tenían estrangulao. Pero este viajecito me pone a flote. A su vuelta estará el negocio terminao, y yo... a distancia. A ver lo que hacen, ¡resignarse! Y seguir. Algún día me lo agradecerá.
Agust. —Por la izquierda. ¡Hola, tío!
Eduardo —(Ultima faena) ¡Salud, fenómeno!
Agust. — Sonriendo. ¿Ya le han dicho a usté?
Eduardo —Se sabe en to Madrid... Veintidós pases a color. ¡Es una faena mu grande!... ¿Cuánto hiciste?
Agust. —¡Ay, tío, si llego a tener más dinero! Me cogió palmao, con un duro; tuve miedo apuntando y me quedé en las quinientas.

Eduardo —Vamos, que trabajaste pa los demás.

Agust. —Así fué. Si me llega a coger con siete mil pesetas... Anoche me di cuenta de que mi combinación no puede fallar...

Eduardo —¿Estás seguro?

Agust. —Lo estaba... Y desde anoche, más.

Eduardo —De modo que si yo te facilitase esas pesetas...

Agust. —¿Las siete mil?

Eduardo —Las siete mil.

Agust. —Nos hacíamos ricos.

Eduardo —A verlo vamos.

Agust. —¿Qué dice usted?

Eduardo —Que si firmas este recibo, antes de un cuarto de hora tenemos el dinero...

Agust. —A ver... Lee. «Don Francisco Molina». ¿El concejal?

Eduardo —Sí.

Agust. —Pero, ¿y si papá se entera?

Eduardo —Ese es el toque. ¿No dices que la combinación no te puede fallar?

Agust. —Estoy seguro.

Eduardo —Pues con devolverle la cantidad así que la hayamos duplicao, listo... ¿Te conviene?

Agust. —Es que si nos viniese la negra...

Eduardo —Eso tú verás. A mí no me digas luego... Tú firmas eso y vamos por las siete mil pesetas que yo he trabajao...

Agust. —Aquí pone diez mil.

Eduardo —Hombre, algo ha de ganar uno...

Agust. —Me da miedo.

Eduardo —(¡A que se repucha este idiota!) Mira, más vale que lo pienses por el camino. Vente.

Agust. —Espérese usté... creo que sube alguien. Tal vez papá. Vámonos por la otra escalera.

Eduardo —Vamos. Mutis por izquierda. ¡Esto es hecho!

Por el foro D. Agustín y Juanillo, casi al mismo tiempo que entra por la izquierda Maruja.

D. Agust. —Pasa, Juanillo, pasa... A propósito, Maruja, mírale... ¿No le conoces?

Maruja —No recuerdo, papá...

D. Agust. —Vamos, abrázala, muchacho, abrázala... Es Juanito, el hijo de D. Félix.

Maruja —¡Juanillo! ¡Tú!

Juanillo —Con alegría, pero con cortedad. ¡Maruja! Yo bien me acordaba de tí...

D. Agust. —Aquí le tienes que me le he encontrado quietecito en el portal sin decidirse a subir...

Maruja —¿Y tu papá, Juanillo? ¿Y tus hermanas?

D. Agust. —¿Has venido solo de Mérida?

Juanillo —Sí, señor. Todos están bien.

Maruja —¿Y qué? ¿A estudiar? ¿A hacerte un hombre? Tú siempre fuiste muy listo.

Juanillo —Favor que tú me haces.

D. Agust. —Supongo que no te habrás hospedado en ninguna parte. Vivirás con nosotros. Es raro que no me haya escrito tu padre... ¿Te callas? ¿Es que has buscado habitación? ¡Pues has perdido el tiempo, pollastre! Aquí, para vigilarte de cerca. Juanito, rompe a llorar. Pero, ¿qué es eso, chiquillo? ¿A qué viene ese llanto?

Maruja —¡Juanín!

Juanillo —Déjenme ustedes... es de alegría... Yo confiaba en que se me recibiese bien en esta casa, pero no tanto, D. Agustín...

D. Agust. —Vamos, vamos, eso es morriña. Aquí hay que espabilarse, estudiar...

Juanillo —Estudiar, no, D. Agustín. Transición. Trabajar.

D. Agust. —¿Trabajar? ¿Qué dices?

Juanillo —Escúchenme ustedes. Cuando me oigan, haré lo que me manden. Escúchenme.

D. Agust. —A ver, a ver qué pasa.

Juanillo —He venido de Mérida sin que lo supiera mi padre...

D. Agust. —¡Juan!

Juanillo —Déjeme acabar. No es una calaverada ni una fuga, D. Agustín. Es algo más doloroso. Aquello va muy mal. La última cosecha fué desastrosa. Mi pobre padre en un año ha envejecido diez, y yo sé que sufría más que por él, por mí... usted sabe cuanto me quiere. Mi porvenir era su obsesión, su esperanza, y los tiempos le echaron abajo. Viéndole sufrir constantemente, mirarme con pena, sorbiéndose las lágrimas, y sin poder aliviar su dolor, contener su ruina, la de su esperanza y la de su vida, comprendí que allí terminaba mi infancia,que el dolor me obligaba a ser hombre antes

de tiempo... y hace veintiséis días que salí de Mérida.

Maruja —¿Veintiséis días?

D. Agust. —¡Infeliz! ¿Viniste andando?

Juanillo —Como un mendigo, D. Agustín. Pero no sufrí mucho. Comprendí que el aprendizaje de la vida se me mostraba duro y espinoso y supe sacar fuerzas de mi voluntad para llegar aquí... Yo quiero salvar a mi padre, D. Agustín. Esa es mi idea fija. El pobre merece otra vejez que la que vive y yo he de conseguirla para él... Ayúdeme usted, don Agustín, por caridad...

D. Agust. —Vamos, vamos, tranquilízate... Tu pobre padre. ¡Y en qué ocasión, Dios mío, en qué ocasión!... Pero tú no apures, vivirás con nosotros, y ya veremos, ya veremos lo que se hace... A Maruja. Prepárale una habitación, Maruja. Vamos, ánimo, Juanito, no te apenes. Iniciando el mutis. ¡Qué cosas, Señor! Mira, hace treinta y seis años entré yo en Madrid, poco más o menos como acabas tú de llegar. Mutis por izquierda. Por el foro, Agustín, muy agitado, y tras él, Eduardo.

Eduardo —¡Pero chico!...

Agust. —¡Es una infamia, tío, una infamia!... Le creía a usted capaz de mucho, pero no de tanto.

Eduardo —Ingrato... Encima de que te pongo en vías de ser rico...

Agust. —Sacando del bolsillo unos billetes y tirándolos. ¡No! ¡Tenga usted! ¡Tenga usted! No quiero ese dinero. ¿Lo oye usted? No lo quiero.

Eduardo —Guardándose los billetes. Recapacitarás.

Agust. —No. Estoy decidido. Sí, sí, sí. Decidido. En cuanto salga mi padre, se lo diré todo. Le diré que por medio de un subterfugio infame se me ha hecho firmar un recibo que usted ha cotizado como suyo ante D. Paco, le diré que me castigue, que me pegue...

Eduardo —Que dé el escándalo y que te metan en la cárcel por falsificador.

Agust. —¿Por falsificador?

Eduardo —A ver. Has firmado con el nombre de tu padre...

Agust. —¡Que también es el mío!

Eduardo —¿El tuyo? Pero, ¿quién te va a dar a tí diez mil pesetas?

Agust. —¡Ha sido una encerrona canallesca!

Eduardo —Ha sido un negocio del que no se tienen que enterar ni las moscas. Ven aquí so primo.

Agustín —¡Tío!...

Eduardo He dicho primo. Este viaje de tu padre lo ha arreglao to. ¿Qué pide D. Paco? Que tu padre no presente mañana la proposición. ¿No se va esta noche a Mérida? Pues, ¿qué necesidad tiene D. Paco de saber si se va por su gusto o por el negocio?

Agust. —Pero, ¿y su honra?

Eduardo —Con un gesto chulo. Calderoniano. Déjate de lilás y hazme a mí caso.

Agust. —No, tío, no. Me callo porque aún creo que es tiempo. Si a ese hombre se le devuelven las diez mil pesetas que he firmado nos devolverá el recibo?

Eduardo —Hombre, eso...

Agust. —No. Nos devolverá el recibo por las buenas o por las malas. Decidido. Esta noche tendremos las diez mil pesetas.

Eduardo —¿Jugando?

Agust. —Sí.

Eduardo —Acabaca.

Agust. —Y después...

Eduardo —¡Chist!... Tu padre.

D. Agust. —Saliendo con Maruja y D.ª Carmen, ésta saca un maletín, en el que va metiendo alguna ropa que le da Maruja. ¡Pobre muchacho! ¡Cómo estará su pobre padre! Afortunadamente yo le tranquilizaré pronto. Agustín, ¿sabes quién está aquí?

Agust. —No.

D. Agust. —Juanillo, ¿no recuerdas? Juanillo Rivera, el hijo de D. Félix.

Agust. —¿Aquí?

D. Agust. —Sí, ahora le verás... Advirtiendo la preocupación de su hijo. Pero, ¿qué te pasa, Agustín?

Agust. —Nada, papá.

D. Agust. —¿Nada? Mirando a Eduardo con recelo.

Eduardo —(¡A que lo echa a perder este pasmao!) Por el foro aparece D. Paco.

D. Paco —Perdonen ustedes.

D. Agust. —Don Paco...

D. Paco —Sin rencor, amigo Paredes. Me dijeron que esta tarde se iba usted a Mérida, y, después de lo de

antes no he querido que se fuese usted sin despedirme.

D. Agust. —Friamente. Gracias, Sr. Molina Es un viaje de ida y vuelta. El viernes estaré de regreso...

D. Paco —Como calculando. El viernes... Bueno; está bien. Le da unas palmaditas.

D. Agust. —(¿Que es esto?)

D. Paco —La verdad es que, indefectiblemente se va usted hoy mismo, esta misma tarde, ¿verdad?

D. Agust. —¡Sí! D. Paco le da unas palmaditas en la espalda. Observando el cuadro, reflexiona y se vuelve hacia su mujer y a su hija. Maruja, vuelve a poner la ropa en su sitio. Carmen, guarda la maleta.

D. Paco —Señor Paredes... ¿Qué es esto? Entre extrañado y molesto.

D. Agust. Esto, Sr. Molina Sentándose y mirando fijamente a D. Paco. es... que ya no me voy a Mérida.

TELÓN RAPIDÍSIMO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Cabaret lujoso. Mueha luz y mucha animación. Al foro, sexteto y «jazz-band». Mesitas repartidas por la escena, dejando espacio para las parejas que bailan. Puertas en los laterales. Al levantarse el telón danzas varias parejas. En una de las mesa se pavonea D. Augusto, de «smoking», rodeándole Charito «La Gitana», Aquilino, un fotógrafo y varios. El detonante «jazz-band» acompaña con su estruendo al sexteto. Al finalizar se oyen aplausos, y las parejas se reparten por las mesas. Algunos desaparecen por el lateral derecho segundo término, escuchándose al abrir la puerta el clásico pregón de «¡Hagan juego, señores!».

Aquilino —Tomando notas y dirigiéndose a D. Augusto. Muy interesante. De manera que usted acometió el negocio del juego...

D. Aug. —Con marcado acento catalán. Por vocasión, la verdat, por vocasión. Yo no soy como altres que se lansaron a esta especulasión por lucro. Yo me lansé por vocasión. Ascolti, senyor Aquilino. Yo jugaba dende que era chiquitín como aixó. Me jugaba el dinero con un germ'a meu mes chiquet que yo y le ganaba siempre. Mes claro, que comensé jugando fututipies y finalisé jugándome la herensia de mi padre.

Aquilino —Muy interesante... Escribe.

D. Aug. —A los comiensos de la especulasión en Madrit, me asusté, no jugaba nadie, y yo pensé que en lloch de ferme rich dexaria la pell...

Chari —¡Miá que dejar tú!...

D. Aug. —Poco, poco le faltó, no te creas. Como que estuve a punto de abandonar el negosio y vivir de mi carrera, porque aquí donde vostet me vé, soy lisensiado en Filosofía y Lletres. Pero no hubo caso. La pobretería tan abundante en Madrit nos dió la solución, y comensamos a jugar de firme. A la primera anualitat gané dos millones de pesetes y entonses me lansé de lleno... Diga vostet que se me han puesto moltas piedras al camino,

pero que todas me las he saltao, todas... a fuersa de pesetes; ahora me disen... D. Augusto el tahur...

Aquilino —Hombre, eso...

D. Aug. —Sí, aixó, el tahur. Pero se me importa lo mateix que si me dijesen el quáquero; ... que se rían, que se rían del tahur, pero que se fijen en su obra. Yo he europeisao Madrit, le he elegantisao, le he enseñao a beber champán y a ver la vida como es ella. Si viera vosté como me río dentro de mi automóvil cuando leo aixó tahur... ¿Verdat, «Gitana»?

Charito —Tú lo dise.

D. Aug. —Como aixo altre de la moralitat. ¿Qué tendrá que ver la moralitat con el juego? El que juega es porque le da la gana, que aqui no llamamos a nadie... Además, yo tengo mi juisio. ¿A qué viene aquí la gente? A ver si se lleva mi dinero, ¿no? Pues si se deja el suyo, ¿de qué puede quejarse? Ni en Grasia y Justicia se inventa un duelo de más legalitat.

Charito —¿Hay grasia?

Aquilino —Y justicia. ¿Da usted mucho dinero a la Beneficencia?

D. Aug. —Molt, dies mil duros todos los meses. Y es más, mantengo cerca de sien familias, sin contar a estas pajaritas volanderas que también se llevan lo suyo por alternar con los parroquianos.

Aquilino —Eso es lo que no entra en la opinión: las mujeres.

D. Aug. —¡Calle vostet, por Dios, hombre! ¡Serán brutos! En aixo de la mujer tampoco hay rasón. La que sale liviana, esa livianea hasta en un polvorín o dentro mismo de las Arrepentidas. En cambio, la honrada lo es aquí y en San Feliú de Guixols. Ahí está el caso de Purita «La Chavala». Allí está... Verá vostet. ¡Purita! Asércate.

De una mesa se levanta Purita, casi una niña, que corre presurosa hacia D. Augusto.

Purita —Mande usté, D. Augusto. Buenas noches, señores.

D. Aug. —¡Eh, quina noya! Cuéntales a estos señores los novios que tienes...

Purita —Vamos, déjeme usté. Ya sabe usté que ninguno.

D. Aug. —Y que lo sertifico yo. Así. Ninguno. Ni lo ha tenido ni lo tiene, ¿verdad?

Purita —Verdad.

D. Aug. —Aquí se ve lo que yo digo. Sin novio y con esa cara mes bufona que un peso, y ese cuerpo más maco que el de lanseros, que por falta de proporsiones no es, ¿verdat?

Charito —También es verdad. Tú mismo, si te dejaran...

Purita —No te apures, que no le dejan.

D. Aug. —Vamos, Charito... esta selosilla...

Aquilino —Guardando las notas. Ya creo que hay bastante. ¿Dónde hacemos los retratos?

D. Aug. —Al jardín, que da molta sensasión montecarlista... ¡Huesos!

Huesos —Criado de confianza, casi hercúleo. ¿Qué pasa?

D. Agu. —Que nos lleven unas botellas al jardín, ¿vamos, señores? Inician el mutis. Volviéndose a los ocupantes de las demás mesas. ¡Al jardín todo el que quiera retratarse! Contra más animasión, más propaganda, ¿verdat an Aquilino?

Las mesas se despueblan y todos hacen mutis menos Charito. Por la puerta de la sala de juego sale Eduardo. Al abrirse la puerta, se vuelve a oír la voz de: «¡Hagan juego, señores!»

Eduardo —A un criado. ¿Ha venido D. Paco?

Criado —¿El concejal?

Eduardo —Si.

Criado —Creo que sí.

Eduardo —Pues dile que le llamo yo. Mutis Criado.

Charito —Hola, pelmazo.

Eduardo —Adiós, fea.

Charito —¿Y tu sobrino?

Eduardo —Ahí dentro, palmando...

Charito —Como siempre. No se pa qué juega.

Eduardo —Adiós, Justiniana...

Charito —Es la verdad. Y no es que a mí me interese Agustín, te lo advierto.

Eduardo —Pa qué, estás como una chiva por él.

Charito —Que te lo crees tu.

Eduardo —Mirando a un lateral. Entra a ver si le das la buena, que yo tengo que hablar con este señor. Entra D. Paco.

Charito —Con permiso. Mutis.

D. Paco —¿Me llamaba usté?

Eduardo —Si señor. Hay que arreglar eso. Lo de esta mañana nos ha baldao.

D. Paco —No tiene arreglo posible.

Eduardo —Devolviendo el recibo, sí.

D. Paco —Parece mentira que se las dé usted de vivo, Eduardo. Usted, mejor que nadie, sabe lo que me ha costado, lo que nos ha costado ese recibo, ese arma para contener a su cuñado. Usted sabe también lo que significa en política un arma de esta clase... y cree que voy a privarme de ella, por lástima o por escrúpulos...

Eduardo —Es que me dá miedo el muchacho.

D. Paco —Buen remedio. Que se vaya su padre, que se ponga enfermo, que haga lo que quiera, pero que no parezca mañana por el Ayuntamiento, si quiere evitar el escándalo.

Eduardo —¿Sería usté capaz?

D. Paco —Allí hemos de verlo.

Eduardo —¿Pero no sabe usté ya que no es suyo el recibo?

D. Paco —Ni lo sé, ni quiero. Me basta con saber que habrá escándalo y que el propio escándalo tirará abajo su proposición...

Eduardo —Pues sí que hay un elijan.

D. Paco —Con que... amigo Eduardo, lo mejor para ustedes, porque a mí me es igual, sería que convenciesen a don Agustín, de que un viaje o una enfermedad, le sería muy conveniente.

Eduardo —Es que...

D. Paco —No hay que hablar más.

Por la derecha, «Sala de Juego», sale Agustín desgreñado y sombrío.

Eduardo —¿Has perdido?

Agustín —Todo. Fijádose en Don Paco. Don Paco...

D. Paco —¡Hola, pollo!

Eduardo —Pues estamos bien,

Agustín —Fíjate. Ahora que empezaba a salir mi combinación. Llevaba nueve pases en contra. Lo puse todo, necesariamente, debía venir el mío... y quebró la baraja. Todo, todo lo he perdido, todo. No me quedan ni cinco duros para intentar el desquite.

Eduardo —¿Has visto a Charito, la Gitana?

Agustín —No...

Eduardo —Aparte. ¿Por qué no le pides?...

Agustín —¡Tío!..

Eduardo —¡Está por tí, so lila!.. Además, con devolvérselos...

Agustín —Sí, pero...

Eduardo —¿Quiés que se lo diga yo?
Agustín —Usted verá...
Eduardo —A ver si nos desquitamos. Anda... Inicia el mutis, seguido de Agustín.
D. Paco —¡Agustín!..
Agustín —¿Me llama usted?
D. Paco —Sí, un momento... Con permiso de Eduardo.
Eduardo —Que se acerca también. ¡Ah, bueno! Mutis a la sala de juego.
Agustín —Usted dirá...
D. Paco —¿Tiene usted que hacer?
Agustín —No, es decir...
D. Paco —El tiempo suficiente para tomar algo... Chist, A un mozo. Champan... Sale D. Augusto, Purita «La Chavala», Aquilino y varios.
D. Aug. —Que a mi, no, Purita, a mi no. Soy molt hombre para creerme aixo. Cálculo, y nada más que cálculo, es lo tuyo.
Purita —Bueno, déjeme usté que nos puede ver Charito y figurarse lo que no hay.
D. Aug. —Lo que tu no quieres que haya.
Purita —Lo que no pué ser.
D. Aug. —Acercándose a la mesa de don Paco. ¿Qué pasa en ese Munisipio?
D. Paco —Ole, don Augusto. Siéntense ustedes.
D. Aug. —¿Es reservao?
D. Paco —No... cosas. Cada día estás más guapa, Purita. ¿Y, de aquello qué?
Purita —Ni na, ni na.
D. Aug. —Vostet lo ve... aberrasiones. Un violinista toca al fondo y varias parejas danzan. Pausa.
D. Paco —A Agustín que no habrá dejado de beber. Como le decía, amigo Agustín, usted para mi es un buen muchacho... ¿Otra copa? Pero su tío Eduardo es un tarambana y yo temía que... Entiéndame usté.
Agustín —Le entiendo, don Paco, le entiendo.
D. Paco —Vamos, que usted por su edad y por su situación no es solvente para prestarle así como así diez mil pesetas, ¿verdad?
Agustín —Claro...
D. Paco —Y por eso, nada más que por eso le pedí yo la firma de su padre... ¿Estamos?.. Nadie sabe lo que puede pasar.
Agustín —Si señor... Bebe.

D. Paco —Pero como su tío Eduardo es como es, me dije: «a ver si este me juega una trastada y me trae la firma del muchacho en vez de la del padre y hay lío» entiéndame usted. Lío de que yo, no sabiéndolo, le hablase a su padre del asunto y claro, el me dijese...

Agustín —No, don Paco, eso no. No le hable usted a mi padre. Tiene un carácter especial y...

D. Paco —Está bien... A mi me basta con que usted, que para mi es un buen muchacho, me garantice que la firma es de su padre. Sacando el recibo. ¿Eh?

Agustín —Si señor..., pero no le diga usted nada.

D. Paco —¿Para qué? Deja el recibo en la mesa y busca en la cartera. Ahora, permítame usted una confianza... ¿Quiere usted que hagamos una vaca?

Agustín —Con mucho gusto, pero ya sabe usted que me he quedado sin dinero.

D. Paco —Ahí van doscientas pesetas... a medias y luego liquidaremos.

D. Aug. —Don Paco, que se está mojando este papel...

D. Paco —Caramba, muchas gracias. Vaya... buena se ha puesto la firma.

Agustín —¿Si..? Con ansiedad.

D. Aug. —Si era de interés...

D. Paco —Es de confianza. Aquí el padre de Agustinillo hace honor a su firma mojada y seca ¿Verdad?

Agustín —Si... si, señor.

D. Paco —Vamos a ver si salta usted la banca. Ande usted, hombre, ande.

Agustín —Medio borracho. A ver si... si... a la vuelta le... le recojo eso...

D. Paco —A verlo hombre, a verlo.

Aquilino —Yo creí que estaban ustedes a matar...

D. Paco —¿Quién?

Aquilino —Don Agustín Paredes y usted. Como en el asunto del pan son rivales...

D. Paco —Eso no tiene nada que ver. Politicamente es una cosa y en la vida privada es otra.

Aquilino —Ya he visto, ya...

Sale Charito y Eduardo de la sala de juego y cruzan la escena hacia el jardín.

Charito —Miedo me da verle jugar.

Eduardo —¿Pero tan colá estás?

Charito —Si, te lo confieso. Me gusta, me gusta una barbaridad tu sobrino.

Eduardo —Como se de cuenta don Augusto.

Charito —¿Qué le importa a él? El postín, la apariencia, pero de aquí pa dentro, na...

Purita —A don Augusto. Que no pue ser, D. Augusto, que no pue ser...

D. Aug. —Te advierto que de todas las que aquí estáis, eres la primera que me dice aixo.

Purita —Suerte que tié una.

D. Aug. —Suerte, postín, como aquí se dise, o lo que yo digo, chavala, cálculo, cálculo...

Entra por el foro Grajales, policía y se dirije precipitadamente a don Augusto.

Grajales —Don Augusto... Un momento.

D. Aug. —Salut, senyor Grajales... ¿Qué hay?

Grajales —Necesito hablar con usted.

D. Aug. —Estos polisías... ¿Pero vostet no me ve..?

Grajales —Es una orden de la Dirección.

D. Aug. —Vaya... ¿qué será?

Grajales —Vamos dentro, si le parece a usted.

D. Aug. —Vamos, hombre, vamos. Purita, piénsalo. Mutis con Grajales.

Agustín —Sale precipitadamente de la sala de juego y se acerca a don Paco. ¡Don Paco! ¡D. Paco!

D. Paco —¿Que hay, pollo?

Agustín —Enseñándole unos billetes. Mire, mire...

D. Paco —¡Hola, hubo racha!

Agustín —Seis mil pesetas. Mi combinación, don Paco, mi combinaciún... Tengo la seguridad de que esta misma noche le recojeré el recibo.

D. Paco —Pues ande, hombre ande. No pierda tiempo.

Agustín —Hay baraja nueva... Tengo fiebre. ¿Queda champan?

D. Paco —Ahí va... Le sirve en una copa.

Agustín —Bebiendo ávidamente. Gracias. Me voy... Espéreme usted ¿eh? Espéreme usted... Mutis muy rápido.

D. Paco —(¡Idiota!) Levantándose. Vaya, señores...

Aquilino —¿Se va usted tan pronto?

D. Paco —Si... Mañana hay sesión y he de madrugar.

Aquilino —¿Habrá hule?

D. Paco —¡Quién sabe! Ya lo verá usted. Buenas noches.

Purita —Adios, don Paco.

Entran por la izquierda don Agustín y Juanito. D. Agustín, al cruzarse con D. Paco le mira fijamente.—D. Paco se hace el distraído y sale.

D. Agust. —Malo.
Juanito —¿Qué?
D. Agust. —Aquí debe estar. Se acerca un botones a don Agustín y Juanito.
Botones —¿Los abrigos, señores?
D. Agust. —No, vamos a estar poco. Oye. ¿Has visto por aquí a don Agustín Paredes?
Botones —¿Al hijo del concejal?
D. Agust. —Si.
Botones —Si, señor. Debe estar dentro. ¿Quiere usted que le busque?
D. Agust. —Si... Mutis el botones.
Juanito —Ya dimos con él.
D. Agust. —Tenía la esperanza de haberme equivocado. Creí que Agustín no sería capaz de llegar tan abajo.
Juanito —Quién sabe, don Agustín. ¿Acaso no frecuentan estos sitios las personas decentes?
D. Agust. —Según lo que por personas decentes entiendas, hijo mío. Estamos en el siglo de las concesiones, de la libertad, pero sólo para esto. Aquí hay vino, juego y mujeres. Y al parecer, personas que pasan por respetabilísimas no se recatan para venir aquí. Por lo tanto, la decencia debe ser compatible con el vicio...
Purita —Acercándose a ellos. ¡Don Agustín!
D. Agust. —Purita... ¿Tú aquí?
Purita —¿No lo sabía usted?
D. Agust. —No. Desde que te marchaste del taller no volví a saber de ti. Pero, ¡cómo me había yo de figurar!
Purita —La vida, D. Agustín, la vida. Con dos pesetas de jornal pocos milagros podían hacerse.
D. Agust. —Pero, ¿y tu familia?
Purita —Encantá. Mi padre ha colgao las cuerdas, mi madre no baja al río, y hemos sacao del Hospicio a mis hermanos.
D. Agust. —¿A costa de qué, hija mía?
Purita —A costa de na, D. Agustín. Por mi madre se lo juro a usté. Todavía soy tan honrá como la primera.
D. Agust. —En ese «todavía» se ve que presientes la claudicación.

Purita —No lo crea usté. Yo soy una hormiguita. A la vuelta de unos meses tendré reunidas unas pesetas... y se acabó el tanguismo. Hablan aparte.
Por donde hicieron mutis, salen D. Augusto y Grajales.

D. Aug. —Aixo es arbitrario, aixo es bárbaro... Habla a gritos.

Grajales —La orden es rigurosa.

D. Aug. —Déjeme, déjeme de idioteses. De modo que me sacan de mi bolsillo ocho mil duros para que yo pueda tener señoritas en mi casino, y ahora, porque sí, sin otra explicasión, ¡a la calle las mujeres!

Grajales —Y, ¿qué quiere usted que yo le haga? Se acercan algunas tanguistas, escuchando.

D. Aug. —Volviéndose hacia ellas. Ya lo sabéis, hijas mías. La autoritat no consiente que estéis aquí. ¡Largo!... ¡a la calle! A casita. A moriros de hambre... o a interrumpir la sirculasión, ¡largo!

Grajales —No lo tome usté así, D. Augusto.

D. Aug. —¿Como lo he de tomar, hombre de Dios? ¡Como un atropello que es!, ¡que caramba! ¡Como un atentado a mi negosio; porque si echan a las mujeres, los hombres se irán tras ellas, y adiós negosio!... Por supuesto, que yo sierro el casino, y a ver entonses quien da las pesetas para los asilos y la mendisitat. ¡Ya lo creo que lo sierro!... Se sientan discutiendo en la mesa de la derecha.

Eduardo —Por donde hizo mutis. Al salir ve a D. Agustín. (¡Arrea!, ¡el coco!) Torna a esconderse.

D. Agust. —Ya has oído a D. Augusto, Purita. Os echan. ¿Lo ves?

Purita —¡Maldita sea mi suerte! ¡Soy yo más desgraciá!

D. Agust. —Vamos, niña, vamos... Ya sabes que mi taller está abierto para tí. Veremos de que ganes más jornal. Aún puedes encontrar un hombre de bien.

Purita —¿Un hombre de bien que me lleve con un traje de percal y un mantoncito? No señor, D. Agustín. Eso, antes, cuando no conocía el calorcillo de las pieles, cuando ignoraba lo a gusto que se va en automóvil... Pero yo... ya no vuelvo al taller, don Agustín...

D. Aug. —¡Purita! Llamándola.

Purita —Con permiso.

Se acerca a la mesa de D. Augusto, se sienta a su lado y habla con él.—Vuelve a salir Eduardo tratando de escurrirse hasta la sala de juego.

D. Agust. —Viéndole. ¡Eduardo!

Eduardo —(¡Me caí!) Hola, Agustín. ¿Que hacéis aquí?

D. Agust. —Sospechaba que estarías con él. ¿Y Agustín? ¡Pronto!

Eduardo —No sé, no le he visto.

D. Agust. —Mientes.

Eduardo —Agustín...

D. Agust. —¡Mientes! Me han dicho que estaba aquí. Vé por el. Será el último favor que me hagas.

Eduardo —Hombre, yo...

D. Agust. —Sin explicaciones. Vé por el.

Eduardo —(¡Vaya, se armó la obesa!) Mutis a la sala de juego.

D. Agust —¡Qué vergüenza!

D. Aug. —A Purita. Aixo no se resa contigo. Pase esto o no pase, tu puedes tener dies duritos todos los días, Purita... ¿Eh? Yo no me vuelvo atrás nunca. Y perdona que no te diga piropos ahora, pero con el disgusto no estoy para esas tonterías. Tu piénsalo... y si te convenses, que si que te convenserás, ve a desírmelo a casa... Ya sabes donde vivo.

Purita —Tras violentísimo esfuerzo. ¿A qué hora?

D. Aug. —¿Te desides Purita?

Purita —Bajando la cabeza. Si... Suena el sexteto amenizado por las extridencias del Jazz Band.

D. Aug. —Salta como una fiera. ¡A callarse los músicos! ¿Me oyen? ¡S'acabó!¡ A callarse! A las tanguistas que hay agrupadas. ¿Y vosotras, qué haceis aquí vosotras? ¿Es que queréis arruinarme? ¡La polisía os echa! ¡Hala! ¡a la calle! ¡a la cochina calle!

D. Agust. —A don Augusto. Hombre, señor mío... no me parece muy correcto.

D. Aug. —Descompuesto. ¡Porque usté es un político! ¡Rebutifarra! Y no le chafan un negosio tan bunito, pero a mi me parten...

D. Agust. —De todos modos, esas pobres muchachas.

D. Aug. —Ellas se tienen la culpa por escandalosas. Algo que habrán hecho en otro sitio y ahora pagamos todos las consecuencias... ¡Hala! ¡Hala!

D. Agust. —¡Qué salvaje!

D. Aug. —¡Mejor, señor Paredes, mejor! ¡La cortesía, para la pulítica!

En la sala de juego se oye una gran gritería, y se ve salir precipitadamente a todo el público. También sale Agustín borracho, y tras él Eduardo, con otras personas que sujetan a Agustín, entre ellas un croupier con una raqueta en la mano.

Agustín —¡¡Canallas!! ¡¡Estafadores!!

Eduardo —¡Agustín, por tu madre!

D. Aug. —¿Qué es eso? ¡Cerrar las puertas! ¡Las puertas!

D. Agust. —¡Agustín!

Agustín —Petrificado al ver a su padre. ¡¡Padre!!

D. Agust. —Cogiéndole. ¡Hijo mío! ¡Que pena!

Agustín. —¡¡Me han robado, padre, me han robado!!

D. Aug. —¡Cuidado con lo que se dise! ¡Aquí no se roba a nadie! ¡Mucho cuidado!

Croup. —Ha dado un raquetazo a las fichas... Ha querido guardárselas...

Agustín —¡Mentira!...

D. Agust. —¡Calla, hijo mío, calla!

D. Aug. —¡Redeu con el noy! ¡Había cregut que podía haser en mi casa lo que hase su padre en el Ayuntamiento!

D. Agust. —¡Canalla! Amenazador.

Agustín —¡Padre!

D. Agust. —Al fin y al cabo, son palabras de un tahur, de un jugador...

D. Aug. —De un jugador son, señor Concejal; pero aquí parecen las fichas o se oye la tremolina en Hostafranch! ¡Redeu! Que yo, senyor Paredes, seré un tahur, un jugador; pero conmigo... ¡conmigo no juega nadie! Cogiendo una silla.

Agustín —¡O se calla usted o...!

D. Agust. —¡Quieto, Agustín! A D. Augusto. Aquí no pasa nada, señor mío. A usted no se le ha perjudicado en nada.

D. Aug. —Su hijo de usted...

D. Agust. —Mi hijo no se librará del castigo, ni por ser mi hijo. Descuide usted. ¡Vamos!

Agustín —Padre...

D. Agust. —¡Vamos! Agustín baja la cabeza y sale. Buenas noches.

D. Aug. —Bona nit, digo buenas noches. A la gente. Pero, ¿qué haseis parados? Es que queréis arruinarme. ¡Música! ¡Música! Esto de las mujeres es la ruina... ¡las mujeres tenían que ser! La orquesta acomete briosamente un fox que dura el tiempo necesario para la mutación; bailan las parejas y la escena se anima.

TELÓN.—FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Patio de cristales del Ayuntamiento de Madrid, a todo foro. Al frente las tres puertas que comunican con el salón de sesiones. Dos puertas en cada lateral. En primer término derecha, una mesa ovalada y grande con papeleras, carpetas, tinteros y plumas; rodeando esta mesa varias sillas. Sólo están en escena Miralles y Chamorro, ordenanzas que visten sobre el uniforme, largas blusas y se dedican a limpiar el polvo.

Chamorro —Alivia, Miralles, alivia que es tarde.

Miralles —Hay que ver cómo ponen este condenado patio... Con quitar el polvo gana uno el sueldo.

Chamorro —Verdá.

Miralles —Es una tarea que me molesta más que el uniforme. Te lo juro, Chamorro.

Chamorro —A mí quien me molesta es el Mayor. Tío más pesao.

Miralles —No me hables. Eso de que apenas entre empiece a pasar el deo por la mesita pa ver si hay polvo, me sulfura. ¿Somos ordenanzas o fregonas, vamos a ver?

Chamorro Estoy contigo. Y di que no tie uno otra cosa, que si no...

Miralles —Toma, toma...

Chamorro —Tan harto estoy del Mayor y de sus broncas, que fíjate.. Toas mis esperanzas las tengo puestas en esto. Sacando un décimo. ¡El 14.341! El capicúa más bonito que va a salir del bombo con el premio mayor...

Miralles —Sí que es bonito. ¿Me das una peseta en él?

Chamorro —Ni una gorda. O todo o ná. Quitándose el blusón. De éste depende que yo pierda de vista al Mayor, al Ayuntamiento y hasta a D. Alvaro de Bazán.

Miralles ¿Y qué vas a hacer si te toca?

Chamorro ¿El qué? Como me llegue a salir premiao, agarro el plumero... Lo tira. y esta librea de esclavitu... Por la blusa. y hago así, así, así... Pisoteándolo. como me toque un premio... Aparece el portero mayor por la derecha.

Miralles —Avisándole. ¡El Mayor!

Chamorro —Sin darse cuenta. ¡Aunque sea el tercero!

Mayor —¡Chamorro!

Chamorro —¡Arrea, el Mayor!

Mayor —Muy bonito, hombre, muy bonito. ¿Usté se cree

que aquí tenemos un fondo de material pa que usté lo dilapide, no? Pasando los dedos por la mesa. ¿Quién ha limpiado esta mesa?

Miralles —(Ya está con el dedito.) Servidor...

Mayor —Pues la ha dejao usté con más polvo que el paseo de Yeserías ¿Habéis limpiao el salón de sesiones?

Chamorro —Sí, señor.

Mayor —¿Y el Negociao de Trabajo?

Miralles —No, señor

Mayor —¿Por qué?

Miralles —Porque no va nadie hace un mes.

Mayor —¿Y el Negociao de Higiene?

Chamorro —Pero si tos los empleaos están con la gripe....

Miralles —Sólo nos falta la tribuna pública.

Mayor —Dejarla. Pa la clase de gente que viene... Además, hoy se va a llenar y la van a poner perdida.

Chamorro —¿Entonces es verdá que va a haber hule?

Mayor —No lo creo. Treinta años llevo en esta santa casa y tos los hules han tenido ensayo general. No pasará na.

Chamorro Pues en la plaza de la Villa hay una de panaderos que asusta...

Mayor —La clá de D. Paco. Lo de siempre. ¡Hala! Darle un plumerazo a la secretaría... ¡vivo! Pone en orden las carpetas.

Chamorro —Iniciando el mutis con Miralles, por izquierda. Chico, lo que me indignan estos tíos que avasallan... Con el poco trabajo que cuesta ser amable...

Un viejo —Entra y se dirige a Chamorro. ¿Hace usted el favor? Vengo del Negociado de Cédulas y está cerrao...

Chamorro —Con muy malos modos. ¡Pues espérese usté a que lo abran, nos ha fastidiao! Mutis los tres.

Por la derecha entran tumultuosamente los chicos de la Prensa, cinco o seis, entre los que figura Aquilino.

Aquilino —¡Salve, Mayor!

Per. 1.° —¡Hola, Mayor!

Per. 2.° —¡Que hay, Mayor!

Per. 3.° —¡Adiós, Mayor!

Mayor —¡Bueno, bueno, bueno! Ya está aquí la plaga...

Aquilino —Más respeto al cuarto poder, esclavo...

Mayor —Y usté que lo diga.

Aquilino —¿Ha venido Carrizosa?

Mayor —En el Negociao de Prensa está...
Aquilino —¿Ha dado nota el Alcalde?
Mayor —No ha venido...
Per. 1.° —A ver que pasa con los caramelitos, Mayor, que en la última sesión me quedé sin ellos.
Mayor —Haber andao listo...
Aquilino —Al periodista 1.° Aquí el que no grita, no chupa.
Por la derecha, D. Agustín.
D. Agust. —Buenos días, señores.
Aquilino —A otro periodista. El ogro.
D. Agust. —Al Mayor. ¿El señor Alcalde ha venido?
Mayor —No, señor... ¿Quiere usía que le avise cuando llegue?
D. Agust. —Sí, haga usted el favor. Mutis del Mayor.
Aquilino —¿Que hay, señor Paredes?
D. Agust. —Lo que usted diga...
Aquilino —¿Hay proposición?
D. Agust. —Naturalmente...
Per. 1.° —Los panaderos están que bufan.
D. Agust. —Pues el vecindario centellea...
Aquilino —Don Francisco Molina es mal enemigo, señor Paredes.
Per. 1.° —Se dicen muchas cosas.
D. Agust. —Eso ocurre siempre. A propósito. ¿El reporter de *La Crítica?*
Per. 2.° —Servidor de usted.
D. Agust. —Yo desearía rectificar una noticia de su periódico...
Per. 2.° —Usted dirá.
D. Agust. —Yo anoche no estaba jugando en el «Bagatela Club». Quien estaba jugando era mi hijo. Yo fuí a sorprenderle y a castigarle...
Per. 2.° —Pues mi periódico acostumbra a informarse bien...
D. Agust. —En este caso no ha sido así, amigo mío...
Habla con los otros.
Per. 2.° —A Aquilino. Es muy cómodo dar un escándalo en una timba y echarle la culpa al chico...
La escena va animándose. Entran varios obreros, y, entre ellos, Pablo «El Barbas» y Anacleto junto a D. Paco.
Pablo —A D. Paco, por D. Agustín. Mírelo usté... Ha venido.
D. Paco —Con un gesto. Es de una osadía y un cinismo...
Anacleto —Ese tio quiere que haya bronca...

D. Paco —No sé que saldra ganando con ello, porque como la haya le pulverizo. Por más que tal vez no presente la proposición. Sería demasiado.

Anacleto —Usté no se duerma por si acaso...

Aquilino —A don Agustín. ¿Está usted decidido?

D. Agust. —Claro es, señores. Acostumbro a ser firme en mis decisiones y esta es inquebrantable.

Aquilino —Es que se asegura que el señor Molina posee recursos para perjudicarle a usted personalmente.

D. Agust. —Dichos, murmuraciones sin fundamento. Pero había de ser como usted dice y yo no cejaría porque aquí yo no soy yo. Creo que mi proposición es de vital interés para el pueblo que padece hambre y ya que no podamos saciarle de justicia, que coma pan al menos...

Aquilino —¿Pero no podría usted darnos detalles?

D. Agust. —Ninguno. El señor Molina tal vez...

Pablo —A don Paco. Inténtelo usté. Para dar el escándalo siempre hay tiempo.

Don Paco avanza hacia el grupo en que está D. Agustín. Este contesta fríamente a su saludo.

D. Paco —¿Qué se dice, señores?

Aquilino —Hoy se masca aquí la emoción. Es una extraordinaria fuera de abono... Dos ases mano a mano y moruchos de cuidao...

D. Paco —Vaya por el simil, eh, ¿señor Paredes?

D. Agust. —Por mi...

Aquilino —A ver si cortan una oreja cada uno.

D. Paco —Pudiera ser, porque aquí mi compañero es incapaz de hacer una mala faena.

Aquilino —¿No habrá toro al corral, don Agustín?

D. Agust. —Por mí, no.

Mayor —Por la derecha. Don Agustín, el señor Alcalde.

D. Agust. —Con permiso de ustedes. Mutis.

Aquilino —A don Paco. Contra lo que nos dijo usted ayer, don Agustín está aquí.

D. Paco —Peor para él...

Aquilino —Muy seguro está usted.

D. Paco —Porque puedo·

Aquilino —El también lo parece.

D. Paco —Allá veremos. Lo que yo les aseguro a ustedes es que si presenta la proposición, la deshago. Suenan varios timbres insistentemente.

Aquilino —La sesión va a empezar, pronto ha de verse.
D. Paco —Vamos allá.

Los periodistas inician el mutis por la segunda puerta izquierda. D Paco y algunos otros concejales por la primera derecha del foro. Gran movimiento de ordenanzas y de gente.

Per. 2.° —A Aquilino. Tu, ¿quieres meter un calco?
Aquilino —Todos los días que hay cosas pides lo mismo.
Per. 2.° —Hombre, es que...
Aquilino —Así es muy facil ser periodista. Mutis.
Eduardo —Por la derecha. Al Mayor. ¿Ha visto usted a mi cuñado?
Mayor —Está con el señor Alcalde.
Eduardo —¿Ha empezado la sesión?
Mayor —Va a empezar. Aquí sale don Agustín. Hace mutis.
D. Agust. —A Eduardo. ¿Qué haces aquí?
Eduardo —¿Me quieres escuchar un momento?
D. Agust. —No.
Eduardo —Es que...
D. Agust. —Te dije anoche que habíamos muerto para tí. Adiós.
Eduardo —Por mi hermana, por tus hijos. Oyeme.
D. Agust. —¿Qué quieres?
Eduardo —No presentes la proposicion.
D. Agust. —Sonriendo. ¿Era eso?
Eduardo —Por tu bien te lo pido. Aguárdate a otra sesión...
D. Agust. —Mucho interés tienes... Habrás sido capaz de... Sí. Es muy posible que hayas vendido una influencia, que no existe.
Eduardo —¿Y si no la hubiese vendido yo?
D. Agust. —Sería igual. Yo sólo puedo ser responsable de mis actos. Nunca de los de un malvado, o de los de un loco...
Eduardo —Agustín, por lo que más quieras...
D. Agust. —Había de pedírmelo mi madre y no la escucharía.
Eduardo —¿Qué te cuesta aplazarlo unos días?
D. Agust. —A mí nada, es cierto; pero cuando vine hacia aquí, ví hacinados en las puertas de las tahonas mujeres escuálidas, niños hambrientos, hombres demacrados y vencidos... A esos si les cuesta esperar. Vete.
Eduardo —Agustín, ¡por tu bien!
Agustín —Vete.

Eduardo Bien. No me hagas caso. Veremos si haces lo mismo cuando te lo pidan tu mujer y tu hija.

D. Agust. —¿Qué?

Eduardo —Ahí fuera están. En su nombre te hablo.

D. Agust. —Escucha. Sal y llévatelas. Que se vayan, que no me vean. Esta celada es canallesca, pero inútil. Nada conseguiréis...

Eduardo —A ellas se lo dirás... Asomándose a la puerta.

D. Agust. —No. Inicia el mutis. D.ª Carmen y Maruja por derecha.

D.ª Car. —¡Agustín, Agustín! D. Agustín no hace caso.

Maruja —¡Padre!

D. Agust. —Volviéndose. ¿También tú, hija mía?

Maruja —Papá.

D. Agust. —Espera. Al Mayor que cruza. Cuando acaben los ruegos y preguntas, avíseme.

Mayor —Descuide usía...

D. Agust. —No debísteis vénir Carmen. Nunca pude creer que la política tuviese tan bajos resortes, ni que vosotros, los míos, en mi propio hogar, conspiráseis contra mí...

D.ª Car. —No es eso, Agustín.

Maruja —No conspiramos contra tí, papá, no. Pero escúchame. ¿Crees en mi cariño?

D. Agust. —Hija mía...

Maruja —¿Crees que yo podria engañarte alguna vez?

D. Agust. —No, Maruja, no.

Maruja —Pues por mi cariño, por el tuyo padre, dí que estás indispuesto, pretexta lo que quieras...

D. Agust. —¿Sabes lo que me pides, hija mía?

Maruja —Sí...

D. Agust. —Yo quisiera saber qué razones, qué motivos—deben ser muy poderosos—te hacen hablarme así, hija mía, os han empujado a llegar aquí a dar este paso sabiendo de antemano que nada habréis de conseguir.

D.ª Car. —¡Agustín!

D. Agust. —Nada en absoluto.

Maruja —Es que tengo miedo, padre, tengo miedo a esa gente...

D. Agust. —¿Y de qué, tontuela?

D.ª Car. —Tal vez para vencerte sean capaces de cualquier infamia.

D. Agust. --La serenidad de mi conciencia no admite infamias.

Eduardo —Pasa el tiempo, Carmen. Maruja... es necesario decirle la verdad...
D. Agust. —La verdad. ¿Qué verdad va a salir de tu boca?
Eduardo —O habláis vosotras o hablo yo.
Maruja —Padre... por mí...
Eduardo —Escucha, Agustín.
D. Agust. —No, tú no. Si es algo horrible dímelo tú, hija mía. Viniendo de tu boca me herirá menos... Habla.
Maruja —¡Padre!
Eduardo —Pronto, Maruja, pronto o todo lo perdemos...
Mayor —Saliendo por el foro. Señor Paredes, ya se ha entrado en el orden del día.
Eduardo —¡Maldita sea!
D. Agust. —Ya no puedo escucharos.
Maruja —¡Padre!...
D. Agust. —No puedo, hija de mi alma, no puedo.
D.ª Car. —Agustín.
Maruja —Por mí, padre, por mí...
D. Agust. —¡Por nadie! ¡¡Suelta!! Se desprende y hace mutis por el foro.
Maruja —¡Padre, padre! Queda abrazada a su madre, llorando.
D.ª Car. —¡Hija! ¡Maruja!
Eduardo —¡S'acabó!
D.ª Car. —¿Qué habéis hecho, Euardo, qué habéis hecho?
Eduardo —Pregúntaselo s tu hijo. A mí no.
D.ª Car. —Canalla, ¡canalla!...

Dentro del salón de sesiones se escuchan fuertes rumores, algunas protestas y unos violentos campanillazos.

Maruja —¡Madre!
D.ª Car. —¡Calla! Eduardo se acerca al foro.
Eduardo —¡Está leyendo la proposición
D.ª Car. —Llama a D. Paco, ¡que no haga nada!
Eduardo —¡Eso no puede ser!
Maruja —¡Dios mío, Dios mío!

Nuevos y más fuertes rumores y campanillazos.—Por la derecha Agustín descompuesto.

Agust. —¡Madre!
D.ª Car. —¡Hijo mío! ¿Qué has hecho?
Agust. —A repararlo vengo, cueste lo que cueste.
Maruja —¿Qué vas a hacer, Agustín?
Agust. Como D. Paco enseñe el recibo, como siquiera lo intente... ¡le mato!

D.ª Car. —¡Hijo!
Maruja —¡Agustín!

Estalla dentro el escándalo indescriptible, estruendoso.—Gritos, silbidos, ruído de muebles que se rompen, de campanillazos violentos. Saltan los cristales de la puerta del foro, y por la derecha sale D. Agustín con el pelo y la ropa en desorden.—Tras él la gente que ocupaba la tribuna pública, que se supone ha invadido el salón de sesiones.—Le persiguen como a una fiera.—Don Agustín vencido, desorientado, a punto de enloquecer, cae entre su mujer e hija que le defienden.

Gente —¡Al ladrón¡ ¡Lincharle! ¡Al ladrón!
D. Agust. —¡Mentira! ¡Mentira! ¡Por caridad! ¡Esa no es mi firma! ¡Yo no he sido! ¡Yo no he sido!
D. Paco —Agitando el recibo. ¡Ved la prueba! ¡¡La prueba!!
Gente —¡Ladrón! ¡Ahorcarle! ¡Ladrón!
D. Agust. —¿Ladrón yo?...
Maruja —¡¡Padre!!...
D. Agust. —Enloquecido. ¿Ladrón?... ¿Ladrón yo?...

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero

Palmira y dos oficialas saliendo por la puerta del taller. Una de las oficialas lleva una prenda al brazo.

Palmira —A oficiala 1.ª Tu entregas las factura y si buenamente quieren pagártela, mejor que mejor.

Ofic. 1.ª —A ver.

Ofic. 2.ª —Las pesetas no vienen mal nunca.

Ofic. 1.ª —Y ahora menos, se me figura a mi.

Ofic. 2.ª —La verdá que lo que ha pasao en esta casa lo ve una en el cine y no lo cree.

Ofic. 1.ª —Oiga usté Palmira, ¿es verdá lo del chico?

Palmira —Pues a ver. Si no fuera verdad ¿de dónde iban a haberlo metido en la cárcel.?

Ofic. 2.ª —Claro.

Ofic. 1.ª —Es que los periódicos dicen que ha sido todo una combinación del padre.

Ofic. 2.ª —Yo no creía que don Agustín tuviera tan mal corazón. ¡Vamos, que meter a un hijo en la cárcel!

Ofic. 1.ª —La que ha hecho, pero que muy bien, es doña Carmen. Bueno. Si a mi el día de mañana me ocurrierra una cosa así, yo no me contentaba con abandonar a mi marido, ¡cá! era él quien me abandonaba a mi pa ingresar en el Hospital. ¡Enseguidita le consentiría yo que pusiese a la sombra a mi hijo siendo inocente! Y aunque no lo fuera, vamos.

Palmira —¡Cuidao que hablais tonterías!

Ofic. 2.ª —Pues todo el mundo está contra don Agustín.

Ofic. 1.ª —Y muy bien hecho, si, muy bien hecho.

Palmira —¡Tú que sabes, chica! Ea, basta de conversación. Disponiéndose todas a marchar.

Ofic. 1.ª —Yo lo que la digo a usted es que le tengo una hincha al tío ese... Por la puerta de entrada Maruja y Juan que vienen de la calle.

Palmira —Hola, Maruja.
Maruja —¿Os marchais ya?
Ofic. 1.ª —A ver, son las ocho y veinte.
Maruja —Si, si, es muy tarde.
Ofi. 1ª y 2ª —Hasta mañana.
Palmira —A la oficiala 1.ª No te olvides de la factura.
Ofic. 1.ª —Descuide usted. Salen ambas por la puerta primera.
Palmira —A Maruja. ¿Qué te pasa, Maruja?
Maruja —Nada, déjame. Se sienta en una silla, apoya la cabeza en ambas manos y rompe a llorar.
Palmira —¿Qué es eso? ¿Qué te pasa? ¿Cuéntame?
Juanito —Nada, no es nada. Un pequeño disgusto. Déjela usté que llore, Palmira, las lágrimas son un gran consuelo.
Palmira —¡Ah! Vamos. El de la bocina. Ya me parecía a mi que ese era un vivales. Habéis reñido, ¿verdad?
Juanito —Si, eso ha sido.
Palmira —¡Que hombres! Pero déjalo chica, no merece ni que te acuerdes de él.
Juan —Tiene usted razón.
Palmira —A Juan. Cuando la desgracia aprende un camino... A Maruja. No seas tonta mujer, no llores. ¿Sabe tu padre que habéis reñido?
Maruja —No.
Palmira —Pues ya ves si viene y te encuentra llorando. Le ibas a dar un nuevo disgusto con los que ya ha pasado el pobre.
Maruja —Es verdad.
Palmira —Hazme caso a mí, chica. Los hombres son todos unos raspas, y usted perdone, Juan.
Juanito —Acaso tenga usted razón.

Por la puerta entra D. Aguztin.—Las huellas de su rostro demacrado, denotan los sufrimientos de su corazón.

Juan —A Maruja. Maruja, tu padre.

Maruja se rehace para que el padre no advierta lo ocurrido. Agustín avanza lentamente. Maruja y Juan van a su encuentro.

D. Agust. —¿Qué haciais?
Maruja —Nada, papá.
D. Agust. —Se sienta. A Palmira. ¿Se marcharon ya las chicas?
Palmira —Si señor. Ha quedado todo recogido. Descuide usté. Bueno, ¿quiere usté algo para mañana?
D. Agust. —Nada, Palmira.

Maruja —Espera.
Palmira —¿Me querías para algo?
Maruja —Si, si no te molesta. Que me acompañaras a ver a mi madre.
Palmira —No faltaba más.
Maruja Oye, papá.
D. Agust. —¿Qué quieres, hija?
Maruja —Voy a salir un momento. A ver a mamá, ¿sabes?
D. Agust. —Bueno, hija mía, vé.
Maruja —Le da un beso a su padre. Hasta luego.
D. Agust. —Hasta luego hija. Salen por el foro Maruja y Palmira. ¿Has leído los periódicos de hoy?
Juanito —No, mejor dicho, todos no, he leído algunos.
D. Agust. —¿Qué dicen?
Juanito —Lo de siempre.
D. Agust. —Pero nadie, nadie ha dado crédito a mis palabras. ¿Es que la verdad no encontrará eco en ningún corazón? ¿Es que el alma humana es tan perversa?
Juanito —Usted no quiso nunca figurar en un partido político y ahora son enemigos todos. Como todos le temían a usted...
D. Agust. —Trae, trae esos periódicos.
Juanito —Pero para que va usted a leerlos, don Agustín. Es gana de atormentarse inutilmente.
D. Agust. —¿Crees que no soy fuerte para despreciar la injuria?
Juanito —No es eso, es que...
D. Agust. —¡Bah! Dame los periódicos, Juan, dame los periódicos.
Juanito —Puesto que usted lo quiere... Coje algunos periódicos del buro y se los entrega a don Agustín. Ahí tiene usted.
D. Agust. —Repasa algunos periódicos. Nadie, nadie quiere ver la justicia.
Juanito —Es lo de siempre...
D. Agust. —¿Y «La Crítica»? ¿No has traído «La Crítica?»
Juanito —No está entre esos... Acaso se habrá traspapelado...
D. Agust. —No mientas, Juan. Yo agradezco tu bondad al querer ocultarme las cosas que puedan hacerme daño pero no es necesario. Trae ese periódico.
Juanito —Tiene usted razón.
D. Agust. —Lee. ¡Canallas! «Guzman el malo» ¡canallas!

Tira el periódico y sale indignado por el lateral izquierda. ¡Guzman el malo!

Juanito —¡Pobre! Va hasta el buro le abre y busca entre los papeles. Por el foro aparecen Eduardo y Charito "La Gitana."

Eduardo —Entrando el primero. Nadie. Pasa, mujer, pasa. Entra Charito.

Juanito —Saliendo a su encuentro. ¿Ustedes aquí?

Eduardo —Las mujeres, amigo Juan, que lo que no hagan las mujeres...

Charito —Perdone usté, señor. Yo soy una buena amiga de Agustín...

Juanito —Recuerdo haberla visto a usted ayer al salir de la cárcel.

Charito —Voy todos los días.

Juanito —Dios se lo pague a usté.

Eduardo —¿Y mi cuñao?

Juanito —Dentro está... pero no le aconsejo a usté que le vea. El momento no es oportuno.

Charito —¿Lo ves?

Eduardo —Calla. Mire usté Juan, se trata de algo que pudiera ser una solución... Claro es que mi cuñao no está pa ná, pa que se le ocurra ná... pero uno que es más sereno, sí.

Juanito —Aparte. (¡Canalla!)

Eduardo —Y quien sabe si a el pudiera parecerle bien lo que se me ha ocurrido a mi.

Juanito —Dice usted que pudiera ser una solución.

Eduardo —Pudiera ser.

Juanito —En ese caso... Inicia el mutis. Un ruego don Eduardo. Su cuñado está muy mal. Han sido muy fuertes los golpes y seguidos. Nadie soy en esta casa pero creo un deber evitarle a don Agustín nuevos dolores... ¿Cree usté seriamente que trae una solución?

Eduardo —Lo creo.

Juanito —Espere usted entonces. Voy a llamarle. Inicia el mutis.

Eduardo —Un momento.

Juanito —Diga usted.

Eduardo —No es conveniente que sepa que ha venío Charito conmigo, ¿sabe? No le diga usted ná.

Juanito —Como usted quiera. Mutis.

Charito —No pensarás que me vaya.

Eduardo —Cuidao que eres desconfiá.

Charito —¿Contigo? Pocas gracias. Menudo eres. Tu con tal de sacar dinero serías capaz de vender a tu padre.

Eduardo —Chist... Cuidado, nena. Aquí juego yo tan limpio como tu y tengo tanto interés en el asunto como tu. Al fin y a la postre es mi sobrino y a ver si te crees que no me va a alegrar sacarlo de la cárcel.

Charito —Entonces, ¿pa que me has pedío tres mil pesetas por hacerlo?

Eduardo —Es otra cuestión. Sacar libre a mi sobrino es pa mi una satisfacción y estoy pagao pero sacar a tu novio, debe tener un precio.

Charito —Miá que eres cínico.

Eduardo —Porque veo las cosas claras. Lo que tu no has debido hacer es venir.

Charito —¡Qué rico! Pa que me hubieses dicho que estaba tó arreglao, me hubieses sacao las pesetas y no hubieses hecho ná. Cá hombre. ¿No ves que nos conocemos?

Eduardo —Pueda ser que tengas razón.

Charito —Es claro.

Eduardo —Creo que vienen. Achantate en el taller y verás si cumplo mi palabra.

Charito —Tu verás. Si no, no hay de qué.

Eduardo —Anda, por aquí.

La mete en el taller.—Por la izquierda Juan y tras el don Agustín, cuyo trastorno se acentúa por momentos.

Juanito —Aquí sale.

D. Agust. —Saliendo. Queda mirando a Eduardo, sonríe, frunce el ceño y por fin avanza. Eduardo.

Eduardo —Hola, Agustín... ¿Cómo vas?

D. Agust. —Bien... Ya, ya lo ves. Bien.

Eduardo —(¡Chavó, cómo s'ha quedao!)

Juanito —Poniéndole una silla. Siéntese usté aquí don Agustín. A Eduardo. Ya le he dicho algo...

Eduardo —Si... Yo venía a...

D. Agust. —¿A qué? A qué... Juanito me ha dicho que... que era, ¿Juanito?

Juanito —Concretamente no lo sé.

Eduardo —Ahora hablaremos...

Juanito —Comprendiendo. Con su permiso, don Agustín.
D. Agust. —¿Dónde vas?
Juanito —Dentro. Ahora saldré. Mutis.
Eduardo —Déjale. Quería hablarte a solas.
D. Agust. —¿Tu a mí? ¿Para qué?
Eduardo —¿Has leído los periódicos?
D. Agust. —Crispándose. ¿Vienes a mortificarme?
Eduardo —No.
D. Agust. —Entonces, calla. Los he leído, si. Los he leído... Guzman el Malo... Yo, después de entregar a la justicia de los hombres mi hijo y la paz de mi hogar y a la divina conciencia, soy Guzman el Malo... ¡Guzman el Malo!..
Eduardo —Cálmate Agustín... Aun puede arreglarse todo...
D. Agust. —¿Arreglarse? Ya no.
Eduardo —Si.
D. Agust. —No. Sería preciso que no se hubieran realizado los hechos, seria preciso...
Eduardo —Sería preciso que tu quisieras sacar de la cárcel a tu hijo...
D. Agust. —¿Que yo quisiera? Yo quiero, pero quiero sacarle inocente, limpio de culpa y vileza... y eso ya sabes tu que no puede ser. ¡Ha sido él! ¡Ha sido él!.. ¡Mi hijo!.. Transición. Y se le debe castigar.
Eduardo —Reflexiona, Agustín. Aunque haya sido él como tu dices. Es tu hijo. Piensa que tal vez tu por descuido, por negligencia tengas parte de culpa...
D. Agust. —Queriendo levantarse. ¿Y erès tu quien me dice eso?
Eduardo —Calmate, Agustín y no te excites. Repito que he venido a proponerte una solución.
D. Agust. —Pues acaba...
Eduardo —¿Te das cuenta de vuestra situación?
D. Agust. —No sé... no sé.
Eduardo —Es necesario que te des cuenta. Fíjate, por fas o por nefas, con razón o sin ella, este escándalo ha destrozao a dos hombres, a tí y a tu hijo.
D. Agust. —A mí, no. Mi honradez saltará por encima de todo... Me he sacrificado por la justicia y la justicia reconocerá mi razón...
Eduardo —Como te equivocas, Agustín. ¿No has visto los periódicos?
D. Agust. —Te hablo de la justicia.
Eduardo —Y yo te hablo de la gente, que, en definitiva es

la que absuelve y la que condena por encima de todos los tribunales del mundo.

D. Agust. —Y que dice la gente.

Eduardo —La gente simpatiza con el chico. Le creen víctima de un amaño político, sacrificado por ti...

D. Agust. —¡Infames! ¡Infames!

Eduardo —Crudamente, Agustín. Hagas lo que hagas tu estás vencidos. .

D. Agust. —¡Infames!

Eduardo —A ti no hay quien te levante.

D. Agust. —Bien. ¿Que conclusión sacas?

Eduardo —La más lógica, la única. Porque han de sacrificarse dos, donde con uno bastaría.

D. Agust. —No te entiendo.

Eduardo —Agustín es joven. A la larga se olvidan las cosas y aun pudiera ser un hombre de provecho...

D. Agust. —Me da miedo entenderte.

Eduardo —¿Por qué no confiesas que, en efecto, el recibo lo firmaste tu?

D. Agust. —¡Eduardo! Poniéndose de pie.

Eduardo —Sin violencias, Agustín Tu hijo saldría de la cárcel, podría emprender un trabajo digno, redimirse... Tu, de todas maneras estás perdido. Reconócelo.

D. Agust. —¿Tu sabes lo que es una vida honrada, una vida de convicciones, una fe y una orientación? No. Tu ignoras eso. Tu crees que la justicia es un mito y la conciencia un tópico... Pero yo no, miserable, yo no. Yo creo en la conciencia y en la justicia...

Eduardo —Yo no. Yo creo en la vida que es la que manda.

D. Agust. —Vete.

Eduardo —Escúchame...

D. Agust. —Vete. Esa solución monstruosa y cobarde solo pudo ocurrirsele a un hombre de tu laya...

Eduardo —¿Y si no se me hubiese ocurrido a mi?

D. Agust. —¿Qué dices?

Eduardo —¿Y si mi hermana, tu mujer, pensara como yo?

D. Agust. —¿Quién? ¡Carmen! ¡¡Carmen!! Sollozando. ¡Calla! ¡calla! ¡Vete!... ¡calla! Inicia el mutis por la izquierda por donde sale Juan y le coge.

Juanito —¡Don Agustín! ¡Don Agustín! ¿Qué es esto?

Eduardo —Yo creo que...

Juan, a quien estara abrazado don Agustín extiende el brazo señalando la puerta a Eduardo. Charito aparece en la del taller y sale con Eduardo de la casa y después de mirar con pena a don Agustín.

Juanito —Vamos, vamos, cálmese usted cálmese D. Agustín; mejor hubiésemos hecho no recibiéndole...

D. Agust. —¡Infame! ¡Infame! Se sienta en un sillón que hay ante el buró.

Jnanito —No debe usted ver a nadie, ni recibir a nadie...

D. Agust. —¡Carmen! ¡¡Ella también!!

Juanito —Mentira, don Agustín, mentira. Ese... canalla es capaz...

D. Agust. —Tu no lo crees, ¿verdad hijo mío? no puede ser... no puede ser...

Juanito —Cálmese, cálmese don Agustín... Es preciso, se impone un cambio radical, don Agustín. Entre todos le van a matar a usted...

D. Agust. —Entre todos...

Juanito —No se deje usted abatir de este modo. ¿Acaso no está Maruja con usted? ¿No estoy yo mismo?

D. Agust. —¡Maruja! Hija mía... Ella si me comprende... ella sufre conmigo. Ella me hace justicia...

Juanito —Y ella le consolará... Sus manos cerrarán poco a poco las heridas. Vamos, vamos, piense usted en ella don Agustín, en ella.

Maruja —Por el foro. Viene afligidísima, con huellas de llanto. ¡Papá!

D. Agust. —Hija... ven, ven, hija mía, ven.

Maruja —¿Qué tienes, padre? ¿Qué te pasa?.. A Juan. ¿El tío, no?

Juanito —Si. El tío.

Maruja —No debias hablar con nadie, papá. Juan tiene razón, cuando te lo aconseja. No te aflijas así. Vamos, papaito, por mi siquiera.

D. Agust. —Hija mia...

Maruja —Te estás matando, padre, te estás matando. Y eso no puede ser. Tienes que vivir para mí, padrecito. Para tu Maruja, que tanto te quiere.

D. Agust. —Dios te lo pague.

Maruja —Mira, tengo una idea hace días, que dudaba decirte, pero ante lo que ocurre, ante este encadenamiento en las cosas...

D. Agust. —¿El qué, hija mia?

Maruja —Verás. ¿Por qué no haces caso a Juan y te vas a Mérida una temporada?

D. Agust. —A ver... a ver... ¿Cómo dices?

Maruja —Que por qué no te vas a Mérida una temporada, a la dehesa, al campo... Tengo la seguridad de que había de sentarte muy bien.

D. Agust. —Sin querer comprender. ¿A Mérida? ¿Que por qué no me voy a Mérida? No me voy... No me voy yo?.. ¿Yo solo? ¿Es eso? ¿Es eso lo que me dices, hija mía, yo solo?

Maruja —Esforzándose por fingir. Es verdad. que no te había dicho...

D. Agust. —¿El qué? ¿Qué nueva herida..?

Maruja —No, papá... Si no tiene importancia. Mira, te he dicho que solo, porque yo de momento, tendría que quedarme con mamá, pero después...

D. Agust. —¿Tu también, hija mía?

Maruja —¡Papá!

D. Agust. —No finjas, no te mortifiques, nena. Tu también quieres abandonarme, como todos...

Maruja —Como todos no, padre. Nada quería decirte, pero si crees que te abandono...

D. Agust. —Habla.

Maruja —Llorando. Mamá está muy mala...

D. Agust. —¿Qué?

Maruja —No, no te exaltes, no es de gravedad... pero está sola. Tu eres hombre, eres más fuerte, materialmente no me necesitas.

Don Agustín, durante esta relación va agitándose intensamente, y manifestando en sus crispaciones y en detalles el trastorno de su juicio.

D. Agust. —¡Solo! ¡¡Solo!!

Juanito —Don Agustín.

Maruja —Papá... Reconócelo. Tu eres hombre y los hombres teneis más valor para sufrir los dolores. Mamá sufre sin que nadie a su lado la consuele. Su vida es más amarga... Y necesita más de mi cariño... La he prometido ir...

D. Agust. —Queriendo serenarse. Es justo... si, es justo... todo es justo... menos mi justicia... menos yo...

Maruja —Padre...

D. Agust. —Seria... tirano... tirano... sería, inícuo que yo te retuviese a mi lado... Cogiéndola y besándola. ¡Hija mía! porque... aunque te quiero... aunque te quiero con toda mi alma... yo no puedo, no tengo derecho... a dejarte sin madre... a dejar a tu madre sin tus be-

sos... Besándola. Y sin tus caricias... Abrazándola. No tengo derecho.

Juanito —Don Agustín...

D. Agust. —No... No tengo derecho... Guzman el Malo... je, je,... Guzman el Malo... Si, hija mía, si... anda, vete, vete con tu madre y... y dila eso... que yo soy fuerte... que te envío para. . para que la consueles... que vas de mi parte, de parte de Guzman el Malo... y ahora, déjame... déjame...

Maruja —¡Papá! ¡No quiero verte así!..

D. Agust. —Si estoy calmado, niña, estoy calmado... ¿Vas a decirme que no estoy tranquilo? ¿Que no estoy sereno? ¿Acaso no soy fuerte?

Maruja —Padre...

D. Agust. —¡He dicho que os vayais y que me dejéis todos! ¿Es que ya no mando en esta casa? ¡Déjame!

Juanito —Vamos, señor Paredes...

D. Agust. —¿Qué? ¿Como se entiende? ¿quien... quien me ordena? ¿quien me dice que no tengo razón? ¿Quien? ¿Aun estais ahí?... ¿No me habeis oido?

Maruja —Aterrada, alejándose sostenida por Juanito. ¡Padre!... Me da miedo, Juan, me da miedo.

Juanito —No le exaltemos, es una crisis nerviosa... prepárele usted algo... ¿tiene eter?

Maruja —No.

Juanito —Yo iré por él... Iniciando el mutis. Entre tanto, vaya usted al teléfono avise al médico enseguida...

Maruja —¿Cree usted?

Juanito —No se. Por si acaso... Pronto. Sale cada uno por un lateral.

Queda don Agustín temblón como un epiléptico, caido sobre un sillón y recostado sobre el buro.—Por el foro aparecen Palmira y Eduardo.

Juanito —Si, tengan cuidado en lo que yo voy, hagan el favor. Mutis.

Palmira —¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios! Pues aquí no está...

Eduardo —Le habrán acostado...

Palmira —Encarándose con Eduardo. ¿Cómo te atreves tu a pisar esta casa?

Eduardo —¡Así no la hubiera pisao nunca!

Palmira —Mas valiera por tós.

Eduardo —¿Qué dices?

Palmira —Que a ellos los habrás engañao, pero a mi no Eduardo, a mi no.

Eduardo —¿De que hablas?

Palmira —De que si hay Dios ties que tener un fin muy malo.

Eduardo —Pero, ¿a mi que me dices?

Palmira —¿Que el que te digo? Na nuevo. Lo que tu ya sabes. Duranto esta escena don Agustín va incorporándose y escuchando con ansiedad, hasta que interviene cuando lo indica el diálogo. Que tu y nadie más que tu, fuiste el que pensó el chanchullo con don Paco, que tu le hicistes firmar el recibo al muchacho, que tu le preparaste la encerrona del juego y que si hubiese justicia, el que debía estar en la cárcel, eras tu.

Eduardo —¡Calla!

Palmira —¿Ves como no niegas?

Eduardo —¡Calla te digo o..!

Palmira —Pégame si quieres, pero hablaré aunque me mates.

Eduardo —Es que te mataré si hablas.

Palmira —De toas maneras ties que acabar en un presidio.

Eduardo —¡¡Callarás!! La coge violentamente de un brazo.

Palmira —¡¡Canalla!!

Eduardo —Anda pa dentro, pero si hablas, si solo dices una palabra de lo que sabes te juro que será la última que pronuncies... ¡anda! Mutis Palmira por la izquierda yendo al balcón. No hay perdición en el mundo que por mujeres no venga.

Mira por los cristales. Don Agustín con evidentes señales de locura. trágico y temblón, sale del buró cautelosamente y se planta de espaldas a la puerta del foro.

D. Agust. —¡Eduardo!

Eduardo —¡Agustín!

D. Agust. —¿No... no se te ha ocurrido... otra solución... Acaso... alguna nueva?

Eduardo —No.

D. Agust. —A mi... a mi, si...

Eduardo —¿Si?

D. Agust. —Si... escucha... una solución... que lo arreglará todo... todo...

Eduardo —Tu dirás.

D. Agust. —No .. acércate... a ti solo .. a ti solo...

Eduardo —Acercándose. ¿El qué?

D. Agust. —Escucha... Una vez era un pueblo envilecido y cobarde, criminalmente bueno, inícuamente manso. Cuando sus gobernantes le agarrotaban, reía, cuando le hacían pasar hambre y dolor, reía también y así entre risas y entre chistes, el pueblo aquel labraba lentamente su ruina... Esaltándose por momentos.

Eduardo —¡Agustín!

D. Agust. —Calla, calla y escucha... De entre el montón de unos y de otros, de hombres buenos y de hombres malos, salió uno que por venir del pueblo al pueblo, defendía con su honradez y con su alma...

Eduardo —Pero a mi que me...

D. Agust. —¡Chist! ¡Calla... y no te muevas! Desvariando. El pueblo es como el mar... Viene... se va... Y ahora se va... se va porque teme a mi justicia... porque yo se donde está la justicia...

Eduardo —Pero esa solución...

D. Agust. —Esa solución es... esta... Le trinca del cuello.

Eduardo —¡Socorro!

D. Agust. —¡¡Calla!!... Si es una solución... una solución...

Eduardo —¡¡Soco..!!

D. Agust. —¡¡Calla!! que nadie más que tu... debe saberlo... tu y Guzman el malo... el malo... el malo...

Le ahoga y rompe a reir convulsivamente.—Por la izquierda precipitadamente Maruja y Palmira. Por el foro, Juan.

Palmira —¡Eduardo!.. ¡Eduardo!

Juanito —¡Don Agustín!..

Maruja —¡Padre!.. ¡Padre! ¿Qué has hecho?

D. Agust. —Dando con el pie a Eduardo y rompiendo a reir histéricamente. ¡Y este imbécil, no quería creer en la justicia!

TELON.—FIN DE LA OBRA

Obras de Ramos de Castro

A ras de las olas, zarzuela.
La flor de la serranía, zarzuela.
De regia estirpe, comedia lírica.
Viendo la vida, comedia lírica.
Los luchadores, juguete cómico.
Los dos amigos y el oso, ídem.
Cosas de la calle, sainete.
Por un pelo, paso de comedia.
La tragedia de la duda, drama.
El crimen de esta noche, sainete.
Pepa la pelotari o Fogata de virutas, ídem.
Orgullo de raza, drama lírico.
El heredero de Orlandia, melodrama.
La tragedia del Castillo de Marbella, ídem.
El secuestro de Lucile, ídem.
De Cascorro a Cochabamba, juguete cómico.
La moneda rota, ídem.
La muerte del César, sainete.
Un día de toros, ídem.
El Concejal, drama.

3 0112 117470978

Para Portes y sus huestes

Por imperiosos dictados de gratitud y deber, expresamos nuestro reconocimiento a Emilio Portes, que poniendo al servicio de nuestro *Concejal* su enorme talento artístico, supo crear un tipo maravilloso; creación tanto más meritoria cuanto que para representar un concejal austero y honrado, no pudo tener modelo posible.

Compartan asimismo nuestro agradecimiento los demás intérpretes de este drama, sin excepción, puesto que todos—con la mención especial de Fraternidad Lombera que hizo un papel inferior a su categoría—contribuyeron con su arte y con su voluntad al éxito de este drama.